



LA ESCRITURA DE AL LADO

Géneros referenciales

Leonidas Morales T.

Editorial Cuarto Propio

II. EL DIARIO ÍNTIMO

EL *DIARIO* DE LUIS OYARZÚN:

1. LA CULTURA CHILENA QUE NO HA SIDO*

Entre los manuscritos de Luis Oyarzún (1920-1972), estaba su *Diario* de vida. Para mí, que ignoraba su existencia, conocerlo ha sido una inesperada y a la vez luminosa revelación. Oyarzún se refiere a él calificándolo de "íntimo". No corresponde entender la palabra como si lo revelado fueran las *intimidades* de un sujeto psicológico o biográfico, aun cuando tales intimidades no estén ausentes. El *Diario* es "íntimo" porque es el registro circunstanciado, la crónica de una conciencia "íntima": interior, emocionada, libre en su movimiento, sometida a sus propios límites. Una conciencia que se interroga en silencio y busca, obstinada, su verdad como una verdad del hombre. Pero no lo hace en el solipsismo de una subjetividad cerrada sobre sí misma, sino en la relación viva, como protagonista o testigo, con la realidad cotidiana y cultural del mundo contemporáneo. En Chile, fuera de Chile. En las ciudades, en la naturaleza. En el espectáculo de las calles, en la experiencia del amor. En los libros, la pintura, la música, los periódicos. En la política. Entonces, lo revelado en este empeño de la conciencia de Oyarzún por determinarse a sí misma en el diálogo con lo real, es un saber sobre el mundo contemporáneo y, dentro de él, como parte de él, aunque con rasgos diferenciados, un saber sobre Chile, el chileno y su cultura.

El *Diario* contiene alrededor de mil páginas de anotaciones.

* Prólogo a mi selección de páginas del *Diario* de Luis Oyarzún. Concepción, Ediciones LAR, 1990. pp. 7-28. Publicado también en *Revista Chilena de Literatura*. Santiago. N° 32, noviembre 1988. pp. 63-78.

Las primeras están fechadas en 1949¹, es decir, cuando Oyarzún tenía 29 años, y las últimas, en la víspera de su muerte. Cubren por lo tanto un largo período de veintitrés años. El conjunto no fue haciéndose sin contratiempos. De pronto descubrimos al autor confesando el extravío, o peor, la pérdida de algunos cuadernos. En una oportunidad lo vemos ante la tentación de recurrir a su memoria, prodigiosa por lo demás, para reconstruir determinadas páginas. Pero de inmediato reflexiona, y concluye con un comentario desalentado: “desvanecidos los instantes” que las engendraron, “toda reconstrucción parece una impostura”. En más de un pasaje se acusa a sí mismo, entre irónico y resignado, de “máximo desorden”, y de no sostener una regularidad productiva en su trabajo. Pensaba probablemente en la escasa cantidad de ensayos y libros de poemas publicados. Sin embargo, y curiosamente, nunca interrumpió la continuidad de su *Diario* hasta el final.

¿Cómo entender esta constancia sorprendente, en apariencia contradictoria con su autoacusación de discontinuidad? Él no ha dicho una sola palabra sobre este punto. Pero surge un principio de explicación si se relaciona su personalidad con el diario de vida como género. Es éste un género abierto a toda clase de solicitaciones y estímulos imprevistos de la vida cotidiana, y a las reacciones de una conciencia que construye sus respuestas. Un género así se avenía mejor con una personalidad como la suya: reacia al trabajo intelectual programado y sujeto a imposiciones formales, disciplinarias, tal como es uso en los medios universitarios, a los que Oyarzún siempre perteneció. Una personalidad, por el contrario, proclive sin remedio a dejarse seducir por la magia imprevisible del “instante”. Por eso dice: “Yo no elijo. Soy elegido”. Esta concordancia entre personalidad y género permite sin duda comprender la fidelidad por tantos años de Oyarzún a su *Diario*. Pero el resultado de esa fidelidad, es decir, el *Diario*,

¹ Sobre la provisoriedad de esta fecha, que podría anticiparse, véase el ensayo que viene más adelante, “Los cuadernos y agendas del *Diario*”.

no fue comprendido por Oyarzún en su exacta medida como escritura, en su exacto valor literario.

Quien conozca las publicaciones de este autor, sabe que en ellas poesía y pensamiento crítico se alternan, no como universos separados entre sí sino convergentes en sus matrices profundas de sentido. Igual alternancia y convergencia se observa en el *Diario*. Los temas que aquí animan el pensamiento crítico, desarrollados a menudo con un impulso ensayístico, son literarios, artísticos, historiográficos, políticos, de sociología urbana, de antropología cultural. Haciendo visible, de paso, lo que siempre se supo de Oyarzún: que era un lector inagotable, portador de una cultura y de experiencias de vida insólitas por su universalidad e integración. Por otra parte, intercalados, numerosos borradores de poemas e incontables textos en prosa cuya marca dominante es el lirismo, suscitado, en ambos casos, por la contemplación de la naturaleza o la vivencia del amor. El elemento lírico en realidad es una constante: una corriente vibratoria a ratos explosiva, a ratos soterrada o latente, que recorre todas las páginas, haciendo así del *Diario* la escritura de un poeta. Esta escritura nunca cae en las efusiones sentimentales o en la falsedad disfrazada de las expresiones retóricas. Es, como dice Jorge Millas, "a la par lírica, profunda y exacta"². Más fresca todavía aquí que en los libros, porque es más espontánea y suelta.

Si bien la alternancia y convergencia mencionadas se repiten en el *Diario*, las diferencias son importantes. Por la misma estructura del diario de vida, el pensamiento crítico, por ejemplo, aparece más entrecortado y puntual. Pero también ramificado en un campo de direcciones temáticas mucho más vasto, lo que se traduce necesariamente en la percepción, por parte del lector, de una riqueza asociada a una variedad mayor. En seguida, *el Diario* nos abre, una y otra vez, a las motivaciones profundas, es decir, a la fuente originaria de donde

² "Luis Oyarzún o la pasión de ver". Prólogo al libro de Luis Oyarzún, *Defensa de la tierra*. Santiago, Editorial Universitaria, 1973. p. 16.

emergen los temas, tanto los de reflexión como los poéticos. Bien podría identificarse esta fuente como una apetencia casi compulsiva de ser, insobornable, vivida como pasión y drama. Finalmente, la "intimidad" en la que escribe libera a Oyarzún de esas máscaras y convenciones inevitables en los escritos destinados a la publicación, y le permite mostrarse casi desnudo en sus contradicciones, heridas biográficas, ambigüedades, resentimientos³. Los últimos se insinúan sobre todo cuando habla de algunos escritores chilenos, Neruda especialmente, o cuando toca el tema político. Pero ello, en lugar de debilitar la validez de su pensamiento, lo sitúa en un contexto humano dentro del cual pareciera adquirir una dimensión de autenticidad y verdad aún mayor.

Aun cuando alternancia y convergencia se reiteran, sin excluir la temática, cualquiera, sin conocerlo, podría razonablemente suponer que el *Diario* constituye una producción azarosa, menor, *marginal* con respecto a la representada por los libros de poesía y de ensayos. Tengo, sin embargo, la impresión de que no es así. Si a la palabra *obra*, aplicada al campo de la creación y el pensamiento crítico, le damos el sentido de una producción donde la conciencia activa de un autor pone unos principios a partir de los cuales se despliegan unos temas, configurando un modelo de lenguaje, una visión del hombre y del mundo histórico en el que vive, entonces es difícil restarse a una evidencia: el *Diario*, al revés de lo que Oyarzún creía, no sólo es una obra genuina, marcada por las propiedades del género (abierta, imprevisible, poblada de "instantes", es decir, de los estímulos del día tras día y de las elaboraciones de la conciencia que los procesa), sino la mejor de sus obras, en un sentido estético y crítico. Una obra, además, que ocupa un lugar central como proveedora de los demás libros de Oyarzún.

³ Digo "casi" porque hay límites donde interviene la autocensura, no a propósito de cualquier tema, sino de uno en particular: el amor (un amor homosexual).

La idea de una *centralidad* atribuible al *Diario* en los términos dichos, recibe de inmediato una primera confirmación al comparar, por ejemplo, su material textual con el de los libros de ensayo. La mayor parte de los textos incorporados a *Defensa de la tierra* tienen su origen en páginas de aquél, algunas transcritas literalmente, otras reelaboradas con un desarrollo más amplio. Y la temática del libro, en ninguno de sus aspectos, le es ajena sino subsidiaria. Algo similar ocurre con *Temas de la cultura chilena*⁴. Poniendo a un lado los ensayos nacidos de conferencias o discursos de homenaje, en los demás incluidos en este libro es fácil reconocer, aquí y allá, pasajes del *Diario*, recompuestos e integrados a un nuevo conjunto. De su temática general, y del espíritu que la anima, puede decirse lo mismo que de *Defensa de la tierra*. Hay, por otra parte, algunos artículos aparecidos en periódicos que son simples traslados de páginas del *Diario*. De modo pues que toda esta producción es en lo esencial dependiente o derivada con respecto al *Diario*. El único que se escapa de su órbita es *El pensamiento de Lastarria*⁵. Se trata de un ensayo sujeto a las convenciones propias de las tesis universitarias, que se escribió, probablemente, por compromisos académicos. Presenta una rígida y sistematizada distribución temática, y un estilo mucho más formal, casi marmóreo, rasgo este último extraño a los otros dos libros y, por supuesto, al *Diario*. Aunque en éste se hallan también algunas de las ideas críticas fundamentales del libro sobre Lastarria, por el año de su publicación, 1953, no corresponde proponer la misma relación tributaria válida para los otros dos, que son muy posteriores.

2

La vida profesional de Oyarzún es la de un universitario chileno: profesor de Estética e Introducción a la Filosofía en la Universidad de

⁴ Santiago, Editorial Universitaria, 1967.

⁵ Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1953.

Chile y otras universidades del país, decano durante nueve años de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, además de otros innumerables cargos y funciones. Tal vez la universidad le resolvió problemas prácticos de sueldo. Seguramente ella tampoco es ajena, como escenario institucional, a lo que Oyarzún pudo representar en su momento. En la mayor libertad, bastante desformalizada, de un medio intelectual y humano como el de la Universidad de Chile, debe haber encontrado también la oportunidad para experiencias gratificantes. Pero es evidente asimismo, a la luz del *Diario*, que en un medio semejante no podían surgir los estímulos vitales profundos a los que era sensible, esos "instantes" mágicos que lo seducían. De hecho, no hay en *el Diario* testimonios en tal sentido. A lo más, el registro de pequeñas anécdotas, encuentros, situaciones, actitudes, gestos que pudieron despertar en él un interés circunstancial. De sus múltiples cargos y funciones dirá, al recordarlos: "ceniza". Uniendo observaciones de distintos momentos, surge una visión crítica de la universidad: privilegios, estructuras caducas, discutible idoneidad de profesores. No deja de hallarles razón a los estudiantes que, en la década del 60, buscaban su reforma, aun cuando condena la violencia, la politización. Diría, resumiendo, que la universidad entra en el *Diario* de una manera bastante tangencial. Las referencias a ella aumentan en los últimos años del gobierno de Frei y durante la Unidad Popular, cuando se convierte en un espacio que reproduce las tensiones de la sociedad chilena.

He proporcionado ya suficientes indicios como para alertar a quien esperara leer en el *Diario* las anotaciones cotidianas de un intelectual universitario, poeta y ensayista a la vez, de hábitos metódicos, de vida regulada por un trabajo que exige continuidad, de lecturas pacientes en bibliotecas. Las de un intelectual cuya conciencia de sí y del mundo fuera ante todo el espejo de un universo de lecturas. En fin, una conciencia que arriba a sus evidencias, inmersa sí en la corriente del tiempo, pero que habla desde el interior relativamente estable de un espacio como su sede. Es decir, una conciencia sedentaria.

El *Diario* no ratifica ninguna de estas expectativas. Es una más de las tantas sorpresas con que recompensa a su lector. No sólo no las ratifica, sino que las contradice: nos lleva en una dirección justamente opuesta a la idea de sedentariedad. Porque lo que leemos es realmente un diario íntimo bajo la forma de un *diario de viaje* inusual y apasionante.

Es inusual, en primer lugar, desde el punto de vista de nuestro saber sobre los diarios de viaje. De acuerdo con este saber, todo viaje es siempre un acontecimiento excepcional en la vida de quien lo realiza y escribe su relato. Y no pierde esta condición por más largo y ramificado que sea el itinerario, como el de Pigafetta o el de Humboldt. Pero en el caso de Oyarzún, la excepción parece haber pasado a convertirse en norma de vida, y su *Diario* en un diario de vida como viaje. En efecto, es el registro de viajes que se suceden, interminables, a lo largo de veintitrés años (y razonablemente podemos suponer que la cadena se prolonga más atrás de 1949). El alcance de cada viaje desde luego varía: a veces no rebasa los límites de Chile, y en otras ocasiones se extiende por países y continentes, pero con frecuencia recorta su vuelo reduciéndose a los términos más modestos de excursiones a zonas cercanas a Santiago. A menudo vuelve a los mismos lugares, que jamás acaban siendo los mismos: las impresiones anteriores son corregidas o se enriquecen con otras nuevas.

Santiago va tomando así una irreal fisonomía de puerto: punto de partidas y de retornos, de anclaje provisorio, de trabajo profesional que no podrá mantenerse por períodos demasiado largos. Mientras el azar o la fortuna preparan la felicidad de un nuevo viaje o, a lo menos, de una excursión, las caminatas por la ciudad o hasta el cerro San Cristóbal, y las imágenes revividas por la memoria, vienen a ser domésticos sustitutos. El espíritu del viaje nunca deja de soplar. Es cierto que en los últimos años de pronto toma conciencia de que toda esta movilidad ha sido a expensas de una producción literaria y ensayística que podría haber sido más cuantiosa, y expresa entonces, con alguna desesperación, el deseo de "echar raíces", de trabajar en

forma más concentrada. Pero reincide. No sabía que *el Diario* era su verdadera obra, la mejor.

¿Cuál es el mapa resultante de toda esta sucesión de viajes? Los espacios geográficos y culturales por donde pasa se multiplican. Las líneas de viaje se abren a todas las direcciones. De tal manera, que poco a poco se va configurando un escenario universalizado. Chile de extremo a extremo, Isla de Pascua, América Latina, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, Portugal, Italia, Checoslovaquia, Rusia, China, Japón, partes de África. Oyarzún recorre ciudades, pueblos, villorrios, bosques, campos, playas. Se mueve a pie o en los medios de transporte más heterogéneos: caballo, avión, tren, barco, camión, automóvil, bote, motoneta. Mientras viaja, lee: poesía, narraciones, ensayos diversos. Y escribe su *Diario*. Cualquier lugar es bueno para hacerlo: en el avión entre Moscú y Praga, en la habitación de un hotel de Lisboa, sentado en la tierra y apoyado en el tronco de un árbol del patio de una casa de campesinos del centro de Chile, en tanto a su alrededor hacen su vida los pavos y los patos.

No se niega a ninguna experiencia. Pero no hay en él asomo de snobismo, esa distancia falsificadora del sujeto consciente de la originalidad de su gesto. Todo lo hace como si fuera natural hacerlo, sin remilgos, dándole el mismo rango, como objeto de experiencia iluminadora, a una flor silvestre del campo chileno y a una ciudad europea de tradiciones medievales. ¿Otro rasgo de inusualidad?

3

Oyarzún es un intelectual contemporáneo absolutamente atípico. No lo es sólo por asumir lo excepcional como norma de vida y el viaje como recurrencia biográfica compulsiva. O por poseer una cultura totalizadora e integrada en torno a unos problemas vitales profundos, que hacen estallar la camisa de fuerza de la especialización. Lo es también en otro plano menos obvio, para mí más sugerente. Tratándose de un escritor que ante todo es un poeta, lo que ve no es

nunca un mero dato de la realidad, anotación de inventario. Lo que ve, por la forma en que lo ve, se llena de indicios, de rumores de sentido detrás de los cuales hay una clave del hombre. Oyarzún la piensa, la desarrolla, saca conclusiones. Pero no siempre, y entonces es el lector el que ocupa su lugar. Así sucede, por ejemplo, cuando las connotaciones de que se inviste lo que ve ponen en movimiento la *memoria* cultural del lector. Junto con ponerla en movimiento, la transforman en una memoria viajera a través del universo histórico de las culturas. A la memoria llegan reminiscencias renacentistas, del siglo XVIII, de la Edad Media, del mundo griego y bíblico, del budismo, de las crónicas de la conquista de América.

No puede uno dejar de asociar con el Renacimiento el espíritu de universalidad que se halla en Oyarzún. Pareciera que de pronto el mundo se hubiese abierto ante sus ojos en una multiplicidad de horizontes insospechados, irresistibles todos, porque ninguno de ellos es menos digno que otro para el hacer y el saber del hombre. Esos horizontes —geográficos, culturales— lo invitan con sus expectativas a entregarse a la aventura del cuerpo, de la sensibilidad, la imaginación, el pensamiento, y a romper las rigideces, los acostumbramientos: la petrificación de la rutina. Y él dice: “No sé decir que no”. Al territorio del Renacimiento pertenece también ese aspecto de su sensibilidad que se complace en el “gozo” de la descripción de huertos: flores, hojas, combinaciones de la luz y la sombra, colores siempre en proceso de reinventarse a sí mismos. Y como marco, un fondo de silencio afiebrado por las abejas y moscardones. A ratos, más que un escritor, parece un pintor. Por lo demás, constantemente está refiriéndose a cuadros y pintores para extraer de ellos elementos de comparación o de reflexión.

A la memoria vienen asimismo los viajeros del siglo XVIII y comienzos del XIX, armados de una curiosidad racionalista por las formas de vida, la naturaleza y la geografía en todos los rincones del planeta. ¿Cómo no recordar, leyendo el *Diario* de Oyarzún, a

Humboldt y el suyo?⁶ Oyarzún se mueve desplazándose con una curiosidad también ilimitada, aunque de otro signo. Hace la reseña de paisajes, usos, costumbres, arquitecturas. Como un naturalista en campaña, describe plantas, flores, árboles, con precisión y detalle de miniatura, sin olvidar sus nombres científicos. Igual atención pone en los pájaros, insectos, en moluscos y crustáceos encontrados en playas. Pero Oyarzún es un poeta: no le interesa la diversidad de formas por sí misma, sino la unidad del hombre a través de la diversidad. No intenta halagar las pretensiones reductoras de la razón como instancia fundadora de conocimientos científicos, pero sí descifrar en la huella dejada por los hombres la presencia de un destino común. En la diversidad hay puertas secretas que la razón es incapaz de abrir, pero sí en cambio la intuición poética. Por ellas nos introduce para conducirnos a la percepción de la unidad. En la diversidad, y sin borrarla, Oyarzún descubre, activa y pone en juego un sutil sistema de *correspondencias* proustianas. En la imagen de una campesina chilena ve, evocada por la semejanza, la de una campesina china. ¿Y no son, en el fondo, la misma? Y si la naturaleza lo subyuga, es porque ella le revela al hombre, o porque el hombre se revela a sí mismo en su trato con ella.

Hay por otra parte en el *Diario* páginas que sitúan a la memoria en la perspectiva de lo medieval. En el Mercado Central de Santiago, Oyarzún ve a “un cura viejo de abrigo azulmarino apolillado oliendo con fruición un puñado de langostinos”. La figura y su contexto llevan al lector a preguntarse si ese cura viejo complaciente con las debilidades del cuerpo no podría haber sido el mismísimo y humano Arcipreste de Hita. Durante un viaje al norte de Chile, Oyarzún camina por el valle de Lluta, cerca del lugar donde acciona una motoniveladora removiendo la tierra salina. Ve por todos lados huesos humanos, calaveras de momias bruscamente sacadas de su sueño. Se detiene,

⁶ *Viaje a las regiones equinocciales.*

desaprensivo, a observarlas. Frente a una momia de sexo femenino, que había quedado más entera si bien en una postura cómica, irónicamente se la imagina refunfuñando, profiriendo advertencias vengativas sobre lo que también le espera al distraído conductor de la máquina, y al resto de los mortales. Informa además del olor nauseabundo esparcido en el aire. Una escena de macabrisimo medieval. Sus elementos aleccionadores recuerdan la literatura de *avisos* de la época. En Oyarzún hay sin duda una sensibilidad de la muerte, no sólo del hombre, en general de los seres del reino animal. Tal vez se protege con esa actitud de emotividad como distanciada, pero curiosa, de tal modo que la muerte se ofrece siempre como espectáculo, grotesco por lo común. También violento y cruel cuando ve en alguna playa peces muertos, moluscos y crustáceos que se devoran. Son frecuentes las reflexiones sobre el "pecado" y el "mal", en el hombre y en la naturaleza, un tema que turba la conciencia moral de Oyarzún. Adheridas a esos pensamientos se perciben igualmente connotaciones medievales.

Lo atípico en él está detrás de lo que ve, pero que lo hace posible: la sensibilidad. No parece diseñada para reaccionar en forma restrictiva, en una sola línea de experiencias. Se abre receptiva a todos los estímulos culturales. Se deja penetrar por ellos, y al hacerlo no renuncia a sus fueros, porque es en esa disposición de apertura donde reside su propia identidad. Lo absorbe todo porque ella está en todo. Una sensibilidad, pues, versátil, dotada de recursos de amplio espectro. "Cibernética", pensaría con humor el mismo Oyarzún (usa la palabra, pero para referirse a su cerebro). "Transculturada", diría Darcy Ribeiro⁷. Una sensibilidad, sin embargo, unitaria, espontánea, perfectamente integrada, aunque sea posible rastrear el diverso origen de los estímulos, de las absorciones culturales.

La atipicidad lo es sólo en relación con los patrones europeos o norteamericanos, pero en cambio no lo es desde el punto de vista de

⁷ *Configuraciones histórico-culturales americanas*. Montevideo, Editorial Arca/Calicanto, 1975.

la realidad cultural viva de Latinoamérica. ¿Acaso el mundo latinoamericano no es también una integración de elementos culturales de origen y tradiciones dispares? Y una realidad así, ¿no reclama una figura de intelectual que le sea fiel? La de Oyarzún responde, como pocas, a esta realidad. Entre tanto servilismo intelectual dominante hoy en Chile y los demás países latinoamericanos, especialmente en el medio universitario, la respuesta de Oyarzún viene a ser más bien una *propuesta* para el futuro inmediato. Cuando él mismo medita sobre Latinoamérica, su pasado y su futuro, condena los brotes de sectarismo cultural: el precolombinismo de los mexicanos, o el hispanismo estrecho, por ejemplo. La singularidad latinoamericana, tal como se desprende de su propia historia, debe estar en un abrirse a todas las tradiciones, de modo que confluyan en la creación de formas nuevas, originales. Así se explica su simpatía por Carpentier, con el cual dice compartir además la afición por la lectura de toda clase de documentos y “librotes”, tras un saber nunca concluido sobre el hombre latinoamericano y su destino.

4

Ver, es el título de uno de los libros poéticos de Oyarzún. Una “pasión de ver”, advierte en él Jorge Millas⁸. Pasión de ver y ver apasionado en la movilidad cambiante del viaje, donde el ver se renueva para ser en cada caso otro. El *Diario* es pues el ámbito de una palabra viajera que sigue de cerca, vigilante, sensible, la sucesión de momentos —tiempo y espacio— por los que el ver transita. Hay dos frases que se repiten a menudo en el *Diario*. Son citas: “En el comienzo era la acción”, de Goethe, y “temor y temblor”, de Kierkegaard. No están incorporadas al cuerpo de un texto, sino que son independientes y funcionan como *leitmotiv*: si retornan, es porque también retornan

⁸ Jorge Millas, art. cit. p. 18 y ss.

los dos elementos que destacan. La "acción", con cada viaje reemprendido. El "temor y temblor", en la atmósfera que preside el viaje y envuelve el ver. A ratos la atmósfera parece limpiarse, como olvidada de lo que la perturbaba, pero su alteración se restablece. En una oportunidad en que visita a Neruda en Isla Negra, lo encuentra trabajando rodeado de un silencio de paz doméstica, benéfico, y declara no haber tenido nunca esa fortuna, porque ha vivido en medio de la inseguridad, "la mía, la de los otros, la de siempre, aun la inquietud del globo que gira en los espacios vacíos". ¿Sólo un rasgo psicológico? Ese estado de inquietud e inseguridad, con proyecciones casi cósmicas, nos habla más bien de la atmósfera perturbada por pensamientos y signos ominosos en que vive cotidianamente el hombre contemporáneo. Dentro de ella tiene lugar el ver, que así se impregna de dramatismo y de verdad histórica. Sólo los momentos de felicidad los desalojan, provisoriamente. Por lo demás, es la angustia también la atmósfera del libro de Kierkegaard, a cuyo título corresponde la frase citada.

En la experiencia de Oyarzún se desenvuelven dos tiempos, distintos pero conectados. Uno es lineal, sucesivo, abierto al futuro como un horizonte de imprevisibilidades: es el tiempo histórico, cotidiano. El *viaje* podría ser su metáfora ejemplar. Pero la vida como una sucesión arrebatada de viajes, tal como en Oyarzún, revela una exacerbación del tiempo histórico. De manera entonces que la pasión de ver acaba siendo una pasión de tiempo. El segundo tiempo nace en el primero y no fuera de él. El tiempo histórico es el lugar donde se desata, pero luego se aparta y gira sobre sí mismo en un movimiento de circularidad. A medida que progresa, no sólo se aleja del otro sino que va disolviéndolo, negándolo, y termina de trazar su figura cuando el movimiento de disolución y negación concluye. Es el tiempo de las simultaneidades, del no tiempo que anula la sucesión, el tiempo sin historia, eterno. El yo pertenece al tiempo histórico: es su hechura, su vaciado. El no yo pertenece al reino de lo simultáneo, del no tiempo, y sólo sabe abrirse camino en la negación del yo, en su disolución.

Detrás del no yo anda Oyarzún. Viaja en el tiempo histórico para descubrir las puertas secretas que lo retiran de él. En sus palabras, para ser “mi perdido y mi ganado”. La vivencia de esos frágiles segundos en que se “gana” a sí mismo, son para él los momentos privilegiados: son los momentos en que se *es* de verdad. La pasión de ver, que era pasión de tiempo histórico, acaba siendo una pasión de ser: la meta final, el destino último. Por eso puede decir que “los grandes momentos que eternizan al hombre no son sociales”.

De ahí su amor por la naturaleza. Es en ella, preferentemente, donde a veces se produce la suspensión del tiempo, el olvido de su yo, el derivar hacia sí mismo. La convierte en el objeto predilecto del ver. En sus descripciones, siempre exactas y a la vez conmovidas, uno adivina el gesto de gratitud, pero también de expectativa. Hasta que de pronto ocurre el milagro: “Me quedo pasmado en el árbol, dormido en las plumas del gallo, me hundo con las raíces en la tierra, me caliento en el horno, soy pan y, ¡oh, maravilla!, pluma, fruta, deslizamiento de arenas, pepita de oro en el ojo de la paloma, soy”. En la contemplación de la naturaleza es cuando se encuentra a sí mismo. Entonces todo es ingrávito, deslizante. La discordia desaparece, las diferencias entre el adentro y el afuera son absorbidas por la semejanza, la altura y la profundidad se reconcilian confundidas. El espíritu sopla... Pero estos momentos excepcionales en que se *es* en el acuerdo consigo mismo y con el todo, son quebradizos: la disonancia rompe su equilibrio y los desploma. Dice Oyarzún en otra página del *Diario*: “En este crepúsculo tibio, escuché y vi después el salto de una lisa en el agua como la encarnación del Todo, en la Perfecta Paz. Casi el *satori*, sin juicio, sin conflicto, sin tiempo. Yo era ahí el tiempo y lo que a la vez lo consume. El río, la lisa, el cielo, tan fuera de mí que al fin podría reconocerse y poseerme. Estaba entrando sin movimiento en mí, saliendo. Mas no era todavía el momento. Distraje mi atención en unos cantos de jóvenes que remontaban el río en bote. Cantaban mal, desentonaban como borrachos. Perdí la armonía, no bien alcanzada”.

Para Oyarzún, sólo los hombres que han vivido las grandes experiencias contemplativas, de identificación "acordada" con el todo, en el libre movimiento de "entrar" en sí mismo "saliendo" de sí, son capaces de fundar una auténtica cultura humana. Una civilización que no los incluya, que no recree esas grandes experiencias en el arte, en la arquitectura, en las formas y condiciones de la vida cotidiana misma, está condenada al fracaso. Este es el origen de su crítica a la civilización tecnológica y científica moderna. No ha hecho más feliz al hombre, al contrario. Exacerba su yo, su historicidad, pero le cierra los caminos que podrían conducirlo al reencuentro consigo mismo. Programa el futuro a expensas del presente. Rebaja al hombre al reducir su destino al de un consumidor de cosas, y al representarle la felicidad en la imagen comercializada de un consumo ilimitado. Crea masas ignorantes cuya ignorancia manipula. Finalmente, desvirtúa el espíritu al uniformar sus creaciones en productos que no lo canalizan, sino que lo suplantán, lo falsifican, en beneficio de la masa. En Estados Unidos, "un poeta maldito se transforma rápidamente en tesis doctoral, como los cerdos en embutidos en los mataderos de Chicago". El resultado es una civilización que degrada al hombre, lo deforma, hundiéndolo en la soledad, en la violencia, en impulsos de ceguera autodestructiva.

De Estados Unidos escribe: "En este país siento en todas partes una apacible aureola de horror". En ningún otro lugar como ahí es más perturbadora la atmósfera de presentimientos funestos de la vida cotidiana del hombre contemporáneo, justamente por su apariencia "apacible". De "miedo" es la reacción de Oyarzún. Del espectáculo de las calles de Nueva York dice: "En ninguna parte he visto expresiones más atormentadas". La "multiplicidad sin armonía" de la vida norteamericana pasa a ser en Rusia uniformidad empobrecedora. Aun cuando reconoce que en las calles de Moscú "las expresiones no son radiantes, pero tampoco revelan angustia", la ausencia de la riqueza de lo diverso y múltiple le produce la impresión de una existencia deslavada, provinciana. No podría vivir, confiesa, en un país donde,

fuera de la ciencia, el pensamiento aparece congelado en consignas y slogans, donde “la libre y ociosa vagancia de una conciencia que se mira e intenta ahondarse a sí misma” no figura entre las actividades “aceptables”. Para su pasión de ver y de ser, la libertad no es sólo el supuesto, sino la que gobierna el movimiento de “convergencia” armónica de los elementos en las creaciones del espíritu humano. Tal convergencia es frecuente en Europa (de ahí su “encanto”), y hace posible visiones como la de Oyarzún caminando por Praga: “torres, cúpulas, palacios, jardines, calles, que, sin concierto previo, se armonizan como si hubieran sido rigurosamente planeados, gracias a una comunidad espiritual que, sin propaganda ni partidos, engendra estilos victoriosos”.

5

Pero este viajero, para quien no son ajenas las formas de vida y las obras humanas en cualquier lugar del planeta donde hayan brotado, y que asume como propios los problemas que el mundo contemporáneo le plantea al destino del hombre, el mismo en todas partes, es al fin y al cabo un chileno. ¿Qué visión de la realidad chilena ofrece en su *Diario*? Desgarrada, sin duda. Chile se abre y se cierra frente a él: lo consuela y lo agrede, lo acoge y lo expulsa. “Si no amara la tierra, algunos paisajes, algunos árboles, no me sentiría unido a nada de él”. En su conciencia chocan, hiriéndole, las razones del homenaje con las pruebas contundentes de la condena. “Contradictorio país”, repite. “Pobre país”, dice también, con piedad, como si en la historia de sus miserias adivinara una cierta fatalidad. Hasta la naturaleza, que tanto ama, se vuelve de pronto contra él, como enemiga. En 1965, a la noche siguiente de un terremoto en la zona de Santiago, en un estado de angustia y derrumbe psicológico, con la sensación de estar “perdido”, llama a la naturaleza “nuestra Madre madrastra”. Y agrega, sin ningún comentario: “que yo puedo identificar con la mía”.

Probablemente no haya otro chileno que conozca a su país de

manera tan minuciosa y con tanta generosidad como Oyarzún. En viajes y excursiones observa con ojos atentos, sin prejuicios, la arquitectura, los materiales de construcción de ciudades y pueblos, el rostro de sus habitantes: cómo viven, qué dicen, los efectos de conjunto. Su pasión de ver nunca deja de privilegiar la naturaleza, el paisaje, buscando en ellos la presencia humana. Conversa con los campesinos, se hospeda en sus casas y no es raro hallarlo escribiendo su *Diario* alumbrado por una vela. ¿Dónde está aquí la libre convergencia armónica de las líneas? ¿Dónde los testimonios de una comunidad espiritual? ¿Dónde las formas que en su concordia hacen visible la unidad del hombre con el todo, los momentos contemplativos cuya felicidad recrean? ¿Y dónde la convivencia, las actitudes, los gestos asentados en su propia dignidad? En otras palabras: ¿hay en Chile una genuina cultura?

Si algo hay, son apenas débiles claridades, islotes tenues y dispersos que no llegan a formar un suelo común, compartido. Lo dominante en el medio general de la vida chilena es lo oscuro: la torpeza disonante, la áspera vulgaridad, la incuria, reveladoras de un sujeto colectivo cuyo género de vida parece estar al margen o a contrapelo de los bienes del espíritu y, por lo tanto, de la verdadera cultura. En efecto, detrás, en el fondo de lo que ve, Oyarzún percibe la existencia de un sujeto de páramo, a la intemperie, que no ha sabido “humanizar” la naturaleza fría, humanizándose a sí mismo en el proceso siempre renovado de transformarla en cultura: tibieza, calor, gracia. Es en este proceso, que se da en el tiempo histórico, donde el hombre recrea la figura entrevista o contemplada de su ser, y al hacerlo, echa raíces en la tierra: las raíces de sus obras. Por eso Oyarzún puede decir: el chileno es un pueblo “sin raíces”. Está en la tierra, pero sin poseerla, porque tampoco se posee a sí mismo. Está “como si estuviera de paso”.

Si los españoles trajeron consigo algunas imágenes que podrían haber originado creaciones culturales, o si los indígenas aportaron otras, la historia de Chile se ha encargado de borrarlas o de reducirlas,

debilitadas, a un *status* de periferia. Las “bellas imágenes” o los “ritos creadores” no han “fecundado” la tierra. El resultado es una tierra empobrecida, “sin hadas, sin elfos”. Ante semejante desamparo de la tierra y sus habitantes, Oyarzún exclama con dolor: “¡Oh, tierra nuestra sin fuego interior, sin dolores sublimes, tierra opaca, espejo nuestro!” Y concluye, abatido: “Esta es la tierra triste de unos hombres tristes”. Nuestra danza nacional, la cueca, tampoco escapa para él al signo generalizado de la tristeza. Comparada con las de otros países latino-americanos, mucho más exultantes, la cueca despliega una modesta alegría que sólo disimula o encubre la misma tristeza subyacente.

La falta de arraigo, el vivir como si se estuviera de paso, la tristeza derivada del desamparo cultural, son aspectos que se inscriben en el mismo nivel de primitivismo del sujeto colectivo de la vida chilena. Pero no son obviamente los únicos. Oyarzún aporta otros que van oscureciendo todavía más la visión. Por ejemplo, el abandono de sí mismo, “la pasividad” vecina a la de los moluscos. Cuando tiene que enfrentarse a fuerzas o poderes externos que no controla ni sabe cómo conjurar, el sujeto reacciona aguantando, es decir, exhibiendo como virtud elemental la de la “resistencia”. Le parece igualmente un fantasma, con la vista “empañada”, “ciego”. No ve con los ojos del espíritu, sino con los de un subjetivismo “infuso”, “visceral”, “intestinal”. En un viaje a la zona sur, a Puerto Montt y Chiloé, en 1951, escribe sobre la ausencia de un sentido de vida interior en las casas, la penumbra de las habitaciones, y se sorprende del entusiasmo que demuestra en cambio la gente del lugar para comer y beber hasta “reventar”. Como si se hallara ante seres de otro planeta, dice que en ellos el mundo no entra por los ojos, “sino por la boca”.

Como arquitectura y espacio de vida, las ciudades chilenas son expresión de este sujeto de sensibilidad turbia, larvaria. Escribiendo en la década del 50, dice Oyarzún que difícilmente habrá en el mundo una ciudad más «fea» que Santiago. Los edificios nuevos parecen “monstruos”: desconocen la liviandad, la gracia. Los antiguos, algunos contruidos con pretensiones de mansión, deteriorados, sin pintura,

en manos de arrendatarios que convierten las habitaciones en pocilgas, en amontonamiento de cosas diversas. En los sectores populares, la miseria humillante, poblaciones "callampas" a la orilla del Mapocho, con sus aguas contaminadas con toda clase de inmundicias. Y por todas partes el polvo que se levanta de las calles, del material carcomido de edificios y casas. Desde el avión, el polvo flotante le da a Santiago el aire de una "cantera". En vez de la convergencia armónica, el caos. Los pueblos del interior del país reproducen el mismo efecto deprimente derivado del descuido, de la ausencia de sentido del "adorno". Nacimiento, Negrete, Carahue, Gorbea, Collipulli, Nueva Imperial, son pueblos "sin flores", ennegrecidos por el uso y el "desuso". La ruca indígena es superior al rancho campesino: "menos sórdida y hasta, se diría, más funcional, con todo a la mano y a la vista en su ruedo sin recovecos".

La pobreza del país es el emblema de su historia. Desde el siglo XVI se mantiene como nota permanente: "indios pobres, miserables; colonos pobres, vecinos pobres". En ningún lugar encuentra Oyarzún obras arquitectónicas que hablen de un esplendor. Quienes se hicieron ricos, se fueron con su riqueza a otras partes, a Europa. La miseria del pueblo humilde, la injusticia que conlleva, lo escandaliza moralmente. Viéndola, comprende y desea el cambio social. Pero no confía en las revoluciones. Ninguna de las revoluciones modernas, con sus planificadores y tecnócratas, ha sido capaz de ir más allá de las necesidades puramente materiales, de consumo de cosas: "remueven la tierra como bulldozers, pero no han hecho visible ninguna nueva revelación del hombre". Es decir, no refundan ni reorientan el destino superior del hombre, que pasa por su espiritualidad y la cultura que en el espíritu tiene su asiento. En este sentido, "el hombre a que aspiran los comunistas no es, en el fondo, diferente ni mejor que el hombre del capitalismo. Es el mismo hombre".

6

El gran protagonista del *Diario* es la naturaleza, el principio de todo. Como en los mitos, nos habla del origen, la condición y el destino del hombre. La pasión de ver de Oyarzún tiene en ella su objeto primero y último. Sin ella, jamás el hombre sería dueño de sí. Para poseerse hay que poseerla. Se es en ella, o no se es, pero no fuera de ella. Hay en el amor de Oyarzún por la naturaleza un amor de siempre, un eco del *amor cortés* de los trovadores provenzales. Es su vasallo. Si ella lo escucha o atiende a su mirada, lo vitaliza con la esperanza. Si le brinda la ocasión y la sorpresa de un encuentro unitivo, dejará de ser él para ser él, salvándose en ese "trance de beatitud" que lo lleva a un estado de "conciencia pura", a la "conciencia quieta que las cosas tienen de las cosas". Pero si ella lo ignora o lo rechaza, si ella misma revela elementos de perversidad, o si otros la traicionan o la ultrajan, entonces la oscuridad cae sobre él porque está "perdido", y la naturaleza se llena de resonancias medievales de "pecado", "mal".

Se demora describiendo la naturaleza chilena, como si describirla fuera una manera de cortejarla a la expectativa de algún "trance de beatitud". Jamás la descripción abandona el rigor de la exactitud, pero tampoco la emoción contenida. No importa de qué se trate: si de árboles, aguas, flores, cielos, montañas o pájaros. De pronto atraen su atención las golondrinas: "Tan rápidamente volaban y tan fuera de toda línea regular, que parecían a veces volar de espaldas". Todo elemento alterador del orden de la naturaleza, de su limpia imagen, aunque provenga de ella misma, lo pone en guardia. Hace la defensa de la diuca, pájaro nativo y claro, frente al gorrión depredador, y además extranjero. O inicia una guerra contra los cardos armado de tijeras, para combatir su fealdad y espinas agresivas, y con humor se ve en esta tarea imitando a Rolando en Roncesvalles. A veces las expectativas comienzan a cumplirse, y el lirismo acelera su pulso: "Aquí vuelan, Señor, tus mariposas. Vuelan en mí, y yo vuelo en ellas". Cuando la integración con la tierra y la vida ocurre, el hombre llega a sentir su

espíritu, y entonces, “todo él se transforma en pluma y sopla donde quiere”.

Si un hombre ha podido vivir la experiencia contemplativa, no importa que haya sido por una sola vez, y recrea el espíritu de la unidad en su vida cotidiana, se convierte en sujeto de cultura, con raíces en el tiempo histórico. Funda de esta manera una nueva relación consigo mismo, con los demás, con la propia naturaleza. El acuerdo con el todo del que forma parte, se prolonga y reasoma en el gesto, la palabra, la convivencia. En el trabajo diario, doméstico o de siembras. En el cultivo y cuidado de árboles y flores. En la casa que construye y habita. En el paisaje como inserción cultural del hombre en la naturaleza.

Oyarzún ha visto esos acuerdos, esos paisajes en algunos lugares de la cordillera de la costa en la zona central de Chile, y en otros de más al norte, en el valle de Elqui: Colliguay, Caleu, Los Pozos, Montegrande. Sencillos, sí, pobres, con la pobreza inveterada del país, pero auténticos. La gente de esos lugares vive dentro de una economía de subsistencia, en el límite de la necesidad, cosechando frutas, miel, vendiendo pequeñas cantidades para proveerse de algunas cosas indispensables. A pesar de todo “la civilización como cosa del espíritu y no de la técnica hace de esta gente un grupo de humanidad mejor, más acordado en sí mismo y más generoso hacia los demás, que cualquier grupo urbano, no sólo de Chile”. A estos grupos “acordados” pertenecen los cantores campesinos *a lo humano y a lo divino*, a quienes Oyarzún les dedica varias páginas del *Diario* y presenta en el marco de sus actividades diarias: podar parras, fumigar, cosechar limones, reparar el techo de las casas. Y también esas otras figuras de la tierra humanizada, que evocan imágenes de tiempos remotos, tal vez del mundo mediterráneo antiguo, griego: las peladoras de frutas de Elqui, que realizan su oficio con una pericia y velocidad asombrosas. De ellas obtuvo las sabias recetas para preparar variedades de arrope, copiadas en una página del *Diario*.

Pero en general el sujeto colectivo de la vida chilena no ama la

naturaleza. Desconoce para empezar el nombre de sus árboles. No tiene el "sentido de la belleza", y por eso no la ve, no descubre en ella los milagros de la luz y el color, la armonía de líneas, de sombras, los gérmenes del mito y del misterio enredados en la espesura del bosque nativo. Para Oyarzún, la expresión más lamentable, siniestra, de este sujeto ciego, fantasmal, es la larga historia de desmanes en su relación con la naturaleza. No sólo ha sido incapaz de amarla, sino que se ha empeñado en destruirla sistemáticamente. Y con un método igualmente primitivo: el fuego. Las páginas del *Diario* dedicadas a Chile están llenas de incendios, de humo y árboles calcinados. Mientras, el causante de esta desgracia se solaza en el espectáculo, o lo mira indiferente, o si le preguntan responde revelando una sensibilidad de cartílago, como aquel indio que le dijo a Oyarzún, en el sur de Chile, de cara a una montaña arrasada por el fuego: "¡Viera Ud. la fuerza con que salen después los renovales, patrón!" Pero un Presidente de Chile le había dado años atrás una respuesta no menos indigna: "¡Qué importan estos bosques! ¡Ya se reforestará!" Desde el siglo pasado, recoge testimonios de estas quemazones de alucinación, algunos de extranjeros perplejos ante lo que veían.

Poco antes de morir, Oyarzún entregó los manuscritos de su libro *Defensa de la tierra*, publicado en 1973. No puede uno leerlo sin consternación. Escrito con dolor y amor, presenta el estado catastrófico de la naturaleza en Chile y en todo el planeta. Los chilenos sólo se han adelantado, con una perfección insuperable, a la destrucción y envilecimiento de la naturaleza que la sociedad industrial y tecnológica ha traído consigo en todas partes. Oyarzún, en el caso chileno, pasa revista con ojos funerarios al bosque nativo, a sus especies. Da cuenta del exterminio, y de las especies sobrevivientes escribe de tal modo, que el lector adivina el sentimiento de las despedidas irremediables. *Defensa de la tierra* es en realidad una elegía, donde la esperanza parece ser un gesto trabado por la conciencia de su misma inutilidad. Es sintomática la suerte de este libro. Publicado hace quince años, con un tiraje de apenas tres mil ejemplares, aún es

posible hallarlo en librerías del país. ¿Tan poco interés ha despertado? Ni los ecologistas, que en los últimos años se han organizado, hacen la menor referencia a él. Ni los críticos literarios, que podían haberse ocupado de él al menos por su hermoso lenguaje. Un libro que tendría que haberse convertido en lectura obligada en las escuelas chilenas, sigue siendo inadvertido. Otra prueba más que confirma la visión de Chile que Oyarzún ofrece en su *Diario*: la de un país con una cultura que no ha sido.

2. EL *DIARIO ÍNTIMO* DE LUIS OYARZÚN*

1

Los orígenes del diario íntimo parecieran estar asociados, en Europa, a determinadas prácticas de vida cotidiana operadas por la Reforma y la Contrarreforma. Se trata de prácticas de racionalidad religiosa, comunes tanto en aquellos centros eclesiásticos reformados más estrictos, como asimismo en los medios de religiosidad católica moderna liderada por los jesuitas, que introducen, dice Max Weber, la costumbre de llevar un libro con la cuenta de los pecados, tentaciones y logros de cada día, como técnica auxiliar del examen y la regulación del comportamiento moral¹. Independizado de sus orígenes religiosos, y con otras funciones, el diario íntimo se instala de manera estable entre los géneros de la literatura europea moderna a partir del siglo XVIII, sobre todo con el Romanticismo y su giro hacia la subjetividad. Han sido principalmente literatos y artistas quienes desde entonces lo han cultivado, aportando páginas insustituibles sobre la personalidad, el pensamiento y el proceso de producción de la obra del autor, o sobre particularidades del contexto cultural en el que se forma y actúa.

Es curioso: en contraste con su difusión en Europa o Estados Unidos, el diario íntimo ha tenido una presencia pobrísima en la literatura hispanoamericana moderna. Son escasos los publicados como libros, y ninguno ha ocupado un lugar de importancia en la recepción crítica dentro de esta área cultural. El material existente de

* Prólogo a mi edición crítica del *Diario íntimo* de Luis Oyarzún. Santiago, Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1995. pp. 7-20. Publicado también en *Revista Chilena de Literatura*. Santiago. N° 45, noviembre de 1994. pp. 65-79.

¹ Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, Premiá, 1991. 9ª ed. p. 77.

textos diarísticos se ampliaría desde luego si se pesquisa la publicación de fragmentos. Una revisión minuciosa de revistas y otras clases de publicaciones, descubriría en ellas no pocas inserciones de páginas provenientes de diarios íntimos. Algunas nos son conocidas. Por ejemplo las de José M. Arguedas, escritas entre mayo de 1968 y octubre de 1969, e incorporadas a la composición de su novela póstuma, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*². Faltan además las investigaciones en archivos, con probables hallazgos de diarios íntimos inéditos. Pero cualquiera sea el rendimiento de estas pesquisas e investigaciones, no modificará, creo, la evidencia del disminuido desarrollo del género a nivel hispanoamericano.

En la literatura chilena moderna, los géneros de la intimidad (memorias, diarios íntimos, cartas, autobiografías) se hallan dominados en términos apabullantes por el de las memorias. Desde el siglo XIX hasta hoy, escritores y políticos se han turnado para mantener viva su tradición. Por la facilidad con que proliferan, dan la impresión de ser la otra cara, la privada e informal, de la pasión chilena por la historiografía. Sospechosa pasión: habría base para levantar la hipótesis de que las memorias y el ensayo historiográfico acaban siendo, en la mayoría de los casos, portadores de discursos cómplices del poder: articulados a él, absorbidos por él. Interesante sería, en el campo de la hipótesis, estudiar el diario íntimo y la autobiografía como discursos periféricos, de margen, elaborados en un espacio de ruptura y resistencia. Tal vez fuera posible construir así un cuadro donde los géneros de la intimidad se ordenarían de acuerdo al modo en que sus discursos responden a las estrategias del poder, plegándose a ellas o quebrándolas.

Una tarea para otra oportunidad. Ahora sólo me ocuparé de esta pieza mayor de la literatura chilena que es el *Diario* de Luis Oyarzún.

² Buenos Aires, Editorial Losada, 1971. Los "Diarios" aparecen intercalados en el relato entre las páginas 11-31, 95-100, 203-212 y 283-288. Está pendiente el estudio de su función en la estructura de la novela.

Trataré de precisar su forma, aislando algunos rasgos, y de establecer el marco de una propuesta de salvación espiritual del hombre que contiene, inscrita en una experiencia de la modernidad. Pero antes es necesario fijar la breve y magra trayectoria chilena del género, que desemboca en el *Diario* de Oyarzún, una realización sin antecedentes comparables, ni en Chile ni en el ámbito hispanoamericano, desde el punto de vista de su volumen y de los efectos de verdad del lenguaje (poéticos y de pensamiento).

Del siglo XIX no se conocen diarios íntimos. Hay sí textos publicados con el título de "diario", pero son, casi todos, diarios de "viaje", proclives por lo tanto a dar cuenta de sorpresas o asombros en escenarios geográficos y culturales recorridos por primera vez, lo que los pone a menudo en la perspectiva de la "aventura". Por ejemplo, el de Vicente Pérez Rosales, *Diario de un viaje a California*³, con anotaciones desde diciembre de 1848 hasta marzo del año siguiente. O el de Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario durante tres años de viaje (1853-1855)* por América y Europa⁴. O el *Diario* de Isidoro Errázuriz sobre los cinco años (1851-1855) de su permanencia como estudiante en Estados Unidos y luego Alemania⁵. También José Victorino Lastarria llevó un "Diario" desde junio de 1849 hasta marzo de 1852, pero no de viaje: el suyo recoge la actividad política de esos años en Chile, las pugnas parlamentarias entre liberales y conservadores, en las que el autor es figura protagónica⁶.

Si bien todos estos textos registran y comentan experiencias del día, se cierran a la dimensión propia del diario íntimo: la reflexión interior, el autoanálisis, los conflictos de la personalidad, las tensiones

³ Santiago, Sociedad de Bibliófilos de Chile, 1949. Segunda edición. Buenos Aires-Santiago de Chile, Editorial Francisco de Aguirre, 1971.

⁴ Obras Completas, Vols. I y II. Santiago, Universidad de Chile, 1936.

⁵ Santiago, Sociedad de Bibliófilos de Chile, Nascimento, 1947.

⁶ El "Diario" de Lastarria lo publicó por entregas la *Revista Chilena* (Santiago), a partir del N° 1 (Año I, Tomo I) de abril de 1917.

de orden moral, los fantasmas de la memoria biográfica. El diario íntimo (y el tono inconfundible con que se anuncia) aparece en las primeras décadas del siglo XX. Quienes comienzan a escribirlo son mujeres: Lily Iñiguez y Teresa Wilms. Ambas mueren jóvenes, y en Europa: una a los 24 años, de tuberculosis, y la otra a los 28, suicidada.

Las anotaciones del Diario de Lily Iñiguez van desde abril de 1913 hasta agosto de 1926, año en que muere. Lo escribe en francés, lengua de uso entonces ritualizado entre escritores y artistas de diversas nacionalidades, eco todavía de aquel status de París como "capital" cultural del siglo XIX (Benjamin). Intercala pasajes en inglés e italiano, y frases en alemán, gesto que se repetirá en Oyarzún con citas en francés, inglés y latín. Da familia rica, Lily Iñiguez vive en un medio de objetos y gustos refinados. Los viajes y el placer de vivir, muy en el estilo "belle époque", marcan los ritmos cotidianos que la palabra del Diario retiene, sólo amenazados por la sombra de la revolución marxista, que la diarista condena desde su refugio burgués y elitista. Su intimidad no conoce las sequedades de la conciencia insatisfecha, o los desajustes perturbadores del sentimiento, ni siquiera cuando se entera de su enfermedad. Una reacción piadosa, de dulzura, disuelve en aceptación tranquila lo que podría haber sido una crisis desestabilizadora. Por lo mismo, el Diario, escrito con finura y sentido del detalle, tampoco da lugar a grandes iluminaciones⁷.

El mismo año del suicidio de Teresa Wilms en París, en 1921, la revista argentina *Nosotros*, en la que había colaborado, publica sus "Páginas de diario"⁸. Las anotaciones, enmarcadas por una introducción y una conclusión, no son regulares (saltan de un mes a otro) y conciernen nada más que a dos años: 1919 (Londres, Liverpool,

⁷ Después de la muerte de la autora, lo publicaron sus padres con el título de *Pages d'un journal*. La traducción castellana, *Páginas de un diario*, es de 1954 (Santiago, Editorial del Pacífico. Prólogo de Joaquín Edwards Bello).

⁸ Año XV, N° 151, diciembre de 1921. pp. 458-465.

Madrid) y 1920 (Madrid). Las páginas serían parte de un diario más extenso, inédito hasta ahora, cuya escritura se habría iniciado en Chile en 1916⁹. Pero las publicadas (apenas ocho) son suficientes para percibir una existencia muy distinta a la de Lily Iñiguez. No hay aquí a la vista ningún contexto familiar: ni rutinas ni la nitidez de los objetos domésticos para apoyar la mirada. Lo que leemos es un Diario de la soledad, de lenguaje alucinado y emotividad deshidratada. "No he podido dormir. A la una de la madrugada cuando iba a entregarme al sueño, me di cuenta de que estaba rodeada de espejos", escribe el 16 de octubre de 1919 en Liverpool, probablemente en un hotel. Son los espejos de la irrealidad de una conciencia que parece suspendida en el vacío, sin pasado ni futuro, veladora impotente de la angustia. "Me siento mal físicamente (...). Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido", dice en la conclusión, ya en la víspera de su muerte.

Después de las páginas inaugurales de estas dos mujeres, es Luis Oyarzún quien asume a continuación el género. Oyarzún saca el género del mundo clauso de sus predecesoras (el de un orden doméstico y social cerrado sobre sí mismo, y el de una conciencia fantasmalizada, sin suelo real al que articularse), y lo abre a la profusión de estímulos de la vida cotidiana contemporánea. Comienza su *Diario* hacia fines de la década del 30. No lo interrumpe sino un día antes de morir en 1972 (había nacido en 1920). Lo escribe con talento y recursos (de lenguaje y cultura) inencontrables en Lily Iñiguez y Teresa Wilms. ¿Leyó sus Diarios? No tengo noticias que lo confirmen. Sí leyó la poesía de Teresa Wilms, de méritos literarios para él menores. Pero se interesó en ella por su valor de testimonio indirecto del fin de un orden social y cultural: el construido a lo largo de la Colonia por la aristocracia chilena, a la que la autora pertenecía. A este problema

⁹ Ruth González Vergara, *Teresa Wilms Montt*. Santiago, Editorial Grijalbo, 1993. p. 111 y ss.

le dedicó un ensayo, que sigue siendo lo mejor que se ha escrito sobre Teresa Wilms¹⁰.

Oyarzún fue profesor universitario (de Filosofía y Estética), Decano además por tres períodos (de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile). Pero, ¿cuándo haría clases? Porque las anotaciones de su *Diario* no son, para fortuna del lector, las de un académico sedentario, preso en la parcela de su saber, que acepta la aridez de una disciplina de trabajo continuado como condición por la que pasa la expectativa de conquistas intelectuales superiores. Son en cambio las de un hombre que pareciera habitado por demonios (o ángeles) que maquinan sin cesar la compulsión de los desplazamientos, la avidez por los imprevistos estímulos del mundo circundante. “No podré salvarme, pienso, si no lo veo todo, si no veo bien lo que tengo frente a mí” (3 de diciembre, 1952). Las regiones geográficas y culturales por las que transita (a pie, a caballo, en tren, automóvil, barco, avión), sumadas, casi coinciden con la extensión del planeta: Chile minuciosamente (incluyendo la isla de Pascua), América Latina, Estados Unidos, Europa, Asia, parte de África. De ahí precisamente uno de los rasgos singulares de su *Diario*: es el diario íntimo de un viajero. O mejor: el diario de una conciencia íntima que intenta auto-determinarse o aprehenderse, a la luz contrastante o afín de sociedades y culturas de distinto signo. No hay en él dispersión: desde la vasta variedad retornan las mismas tensiones subterráneas, los mismos núcleos de pensamiento.

2

Sin embargo, este escritor amante de la diversidad, de excursiones y viajes interminables, enemigo de toda vida (y de toda sociedad) gobernada por rígidas planificaciones, que celebra la libertad creadora

¹⁰ “Lo que no se dijo – Teresa Wilms”. En su libro *Temas de la cultura chilena*. Santiago, Editorial Universitaria, 1967. pp. 101-111.

de la naturaleza y del espíritu, acató durante décadas las imposiciones de un género como el diario íntimo. Tiránicas sin duda. Porque el diario íntimo está sometido, dice Blanchot, “a una cláusula de apariencia liviana pero temible: debe respetar el calendario”¹¹. En otras palabras: está obligado a ser siempre la escritura de un presente, el presente de cada día, y a desplegarse por lo tanto en la perspectiva de lo cotidiano. Aun cuando Oyarzún se acusa de un “máximo desorden” y a menudo extravía o pierde cuadernos, no incurre en transgresiones a la cláusula a la que se refiere Blanchot. Sabe muy bien que de su acatamiento deriva la identidad misma del género: que en ella se funda. En 1961 comprueba la pérdida de un tercer cuaderno. Surge entonces la tentación de salvar, rememorándolo, el caudal de anotaciones perdido, pero de inmediato lo detiene la conciencia de su prohibición. Anota el 24 de mayo de ese año: “¿Cómo recomponer un Diario íntimo perdido? Desvanecidos los instantes que lo engendraron, toda reconstrucción parece una impostura”. Se transforma en “impostura” porque ya no se trataría de un diario íntimo: las “reconstrucciones” de la memoria biográfica rompen con la sujeción al calendario, abrogan la identidad del género y deslizan la escritura hacia el territorio de un género distinto, si bien vecino: el de la autobiografía¹².

Del diario íntimo como género decía Amiel, otro gran diarista: “El Diario es una almohada para la pereza; dispensa de profundizar los temas, se acomoda a todas las repeticiones, acompaña todos los caprichos y vueltas de la vida interior y no se propone objeto alguno (...). Es un engaño-dolor, un derivativo, una escapatoria. Pero este factótum que reemplaza todo, no representa, debidamente, nada” (*Diario íntimo*, 26 de julio, 1876). Dos frases, de significado compartido,

¹¹ Maurice Blanchot, “El diario íntimo y el relato”. En su ensayo *El libro que vendrá*. Caracas, Monte Avila Editores, 1992. 2ª ed. (1ª, 1969). p. 207.

¹² Ver Philippe Lejeune “Le pacte autobiographique”. En *Poétique*. París. N° 14, 1973. p. 95 y s.

resultan claves en la cita: el diario íntimo “no se propone objeto alguno” y “no representa, debidamente, nada”. El pensamiento formulado negativamente en estas frases tiene su fundamento en algo que Amiel no dice pero que es el supuesto de lo que dice: el diario íntimo “no se propone objeto alguno” ni “representa, debidamente, nada” porque, simplemente, para Amiel no es propiamente *obra*¹³. No lo es desde el punto de vista de un concepto de obra que entonces se tiene, últimas décadas del siglo XIX, un concepto bien traducido por la fórmula “el arte por el arte”, y que sin duda Amiel hace suyo. La auténtica obra de arte, dentro de este concepto, es una creación que se delimita *libremente* desde dentro de sí misma. No conoce más dependencia que la del principio *unitario* de visión cuya energía la despliega y constituye. El diario íntimo, en cambio, es dependiente: del calendario, de los estímulos de cada día. La misma dependencia que trabaja en contra de su unidad. En definitiva: la suya es escritura parasitaria, residual, condenada a la dispersión. Es decir, todo menos lo que el concepto de obra desde donde se lo enjuicia exige.

Oyarzún también veía en el diario íntimo una construcción de dudoso estatuto estético y también desde el punto de vista del mismo concepto de obra en el que se apoyaba Amiel. En cualquier caso, un estatuto marcado por la minoridad, al borde de la insignificancia. Pero los modelos estéticos que han terminado rigiendo la producción artística en el siglo XX no confirman desde luego las percepciones de Amiel o de Oyarzún, porque no son modelos que prolonguen la vigencia del concepto de obra al que el pensamiento de estos dos diaristas remite, sino, al contrario, son modelos surgidos justamente de la crítica radical a ese concepto decimonónico y a sus componentes ideológicos, una crítica iniciada por las vanguardias históricas de las primeras décadas del siglo XX y que tuvo, entre sus consencuencias, la instalación de un nuevo concepto de obra artística, de cuyo ámbito

¹³ Sobre este tema véase Maurice Blanchot, op. cit. p. 208 y ss.

ya no queda afuera un género discursivo como el diario íntimo (ni la carta, la autobiografía o la crónica). Se produce pues una expansión de la noción de lo "literario" hacia otras prácticas de escritura, que son al mismo tiempo otras prácticas de libertad creadora, hasta entonces reprimidas en su dignidad estética por el antiguo concepto de obra. Desde este nuevo horizonte conceptual que se introduce a partir de las vanguardias, y desde la nueva sensibilidad estética a la que se halla asociado, el *Diario íntimo* de Oyarzún se nos aparece como una de las obras fundamentales de la literatura chilena moderna, algo que el mismo Oyarzún nunca hubiera imaginado. El fragmentarismo del género, la condición "parasitaria" o "residual" de su escritura, se convierten, en la sorprendente realización de Oyarzún, en las vías de acceso a un inédito "placer del texto" (Barthes), para mí desconocido hasta entonces en la literatura chilena. Entre paréntesis: ¿no habrá algo de infantil en quienes como Amiel u Oyarzún se han dejado seducir, y atrapar, por este género? ¿No decía Walter Benjamin, gran iluminador del mundo de la infancia, que los niños acostumbraban jugar con "desechos", y que con "las cosas que hacen jugando entre sustancias de muy diversa índole crean una nueva y caprichosa relación"?¹⁴

Dentro del conjunto de la producción literaria de Oyarzún, el *Diario* ocupa una posición central, *originaria* desde el punto de vista de los textos y del fragmentarismo como rasgo estructural del género. Dos de los libros de Oyarzún son páginas fechadas de su *Diario: Diario de Oriente* (1960) y *Mudanzas del tiempo* (1962). Un tercero, póstumo, fue preparado por el propio autor con trozos entresacados del *Diario*, de los que eliminó las fechas para darles una presentación ensayística: *Defensa de la tierra* (1973). Otro de sus libros, *Ver* (1952), desarrolla pensamientos que son una constante a lo largo de todo el

¹⁴ Walter Benjamin, *Escritos*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1989. p. 95 y s.

Diario (el "ver" como órgano de la redención espiritual del hombre), e incluye modificadas algunas de sus páginas. Muchas de las reflexiones que pueden leerse en sus dos colecciones de ensayos: *Leonardo da Vinci y otros ensayos* (1964) y *Temas de la cultura chilena* (1967), fueron primero anotaciones del *Diario*. El primer libro que publica, *La infancia* (1940), a los 20 años (aunque terminado a los 18), pretende ser una ficción bajo la forma de novela. Pero el carácter autobiográfico de la narración, y su proximidad por lo tanto al género del diario íntimo, apenas lo disfrazan el cambio de nombre de los personajes y el uso de la tercera persona. En *Los días ocultos* (1955) Oyarzún retoma, ahora desde la primera persona, el tema autobiográfico del libro anterior. El tono de intimidad, el espacio cotidiano y las tensiones del mundo del niño protagonista, que oscila entre sentimientos de beatitud y de miedo (con la madre como centro luminoso, pero frágil, de un paraíso corroído por la incertidumbre), son los mismos. Incluso el final de ambas evocaciones es textualmente casi coincidente.

De manera pues que estos libros, o son publicaciones parciales del *Diario*, o están armados con trozos suyos, o reelaboran algunas de sus anotaciones, o remiten al ámbito de las constantes de su pensamiento, o, por el contenido autobiográfico, se sitúan en la vecindad del género. Pero es importante además considerar las proyecciones de un procedimiento constructivo consustancial al diario íntimo: la formación de conjuntos textuales mediante fragmentos. Oyarzún parece haberlo aplicado a la composición de la mayoría de sus libros. No me refiero desde luego a aquellos que son páginas desprendidas del *Diario*, donde la presencia de tal procedimiento es obvia, sino a los demás. *Defensa de la tierra*, por ejemplo, no es sino un montaje a partir de fragmentos cuyo lugar de origen, ya se dijo, se halla en el *Diario*, y que en el traslado conservan la forma primitiva o sufren reescrituras. (Una variante de esta manipulación de textos previos la ofrece *Los días ocultos*: en su totalidad es una reescritura de la novela *La infancia*.)

Pero la marca del fragmentarismo de la composición sigue siendo perceptible aun cuando no se advierta la incorporación de textos previos, o sean de inclusión ocasional. Las páginas de los libros *Ver* y *Los días ocultos* están llenas, como las de cualquier diario íntimo, de los intersticios derivados de una composición que opera articulando fragmentos. Causan la impresión, inseparable de un tipo de composición semejante, de corte suave en las junturas interiores de los textos (entre párrafos) y abrupto en sus fronteras externas (entre separaciones mayores). Una impresión similar produce la lectura de algunos ensayos de crítica cultural o artística. Quizás el más notorio en este sentido sea el que encabeza a los reunidos en *Temas de la cultura chilena*: "Resumen de Chile". Los seis últimos de la colección *Leonardo da Vinci y otros ensayos*, muy breves, semejan, cada uno de ellos, redacciones de un todo inconcluso, o partes desgajadas de algún conjunto ausente. De paso: este fragmentarismo de la escritura de Oyarzún, ¿no es, justamente, uno de los rasgos del pensamiento moderno más vivo, menos obsecuente, y ligado a empresas intelectuales empeñadas en disolver centros, visiones organizadas alrededor de ejes metafísicos?¹⁵

La misma personalidad de Oyarzún se nos revela prisionera dentro de un campo de fuerzas dispersoras, centrífugas. Fuerzas fragmentadoras que conspiran contra una continuidad disciplinada de propósitos y tareas de orden intelectual, urdiendo siempre rupturas, fugas. Oyarzún cede: se va de excursión o de viaje, se entrega a la lectura de libros diversos (viejos y nuevos), se reúne con amigos a beber, a derrochar ingenio, humor, cultura, se enamora una y otra vez, siempre con el saldo de un sentimiento de pecado. Pero luego censura su incapacidad para resistir. Se acusa de "debilidad de carácter", de "avidez por todo lo insustancial", de "tendencia al goce y al escepticismo" (31 de diciembre, 1961). Vuelve en otra oportunidad a

¹⁵ Sobre estas disoluciones, ver, por ejemplo, Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Buenos Aires, Siglo XXI de España Editores, 1989. 3ª ed. pp. 1-27.

esta querella secreta, nunca resuelta, que mantiene consigo mismo, y dice: "No puedo elegir. Por eso todo se me desordena y tiende a aplastarme. Yo no elijo. Soy elegido. Me llevan y me traen, y a veces me canso" (20 de marzo, 1964).

"Yo no elijo. Soy elegido". Estas palabras podrían ser también la divisa de la relación de Oyarzún con el género del diario íntimo, al que le fue fiel por tantos años, prácticamente los de toda su vida de escritor. Si se tiene en cuenta la función determinante de su *Diario* como cantera de la mayor parte de su producción y modelo originario del procedimiento constructivo al que ella responde, y, por otra parte, las incontrolables tendencias de la personalidad del autor, solidarias con la idiosincrasia del diario íntimo, habría que concluir en que la obstinada adhesión al género está lejos de corresponder a una verdadera elección. Lo cierto sería lo contrario: que el género lo eligió a él. Anota el 28 de agosto de 1954, después de más de un mes que no lo hacía: "He vuelto a este Diario como a una patria perdida". La imagen hace visible la dirección del vínculo, puesto que nadie elige a la patria, sino al revés. Algo muy parecido a lo que le ocurrió a Amiel, con quien Oyarzún tiene además muchas otras zonas comunes.

Pero esta entrega al género del diario íntimo, para un escritor como Oyarzún, que soñaba con una *obra*, no se dio sin dejar tras de sí sombras mortificantes, de desvalor. En una obra de verdad, pensaba él (la de un narrador, un poeta, un músico, un pintor), el yo del autor se borra. Desaparece en el orden artístico libremente creado¹⁶. Sólo así se accede a la medida profunda de sí mismo y a una "salvación" espiritual. Oyarzún cree en cambio que en sus libros, comenzando con el *Diario*, el yo permanece intacto, sin que el orden de una "obra" lo transfigure, con su carga biográfica no liberada, con los nudos ciegos que retornan, siempre los mismos. Por eso decía: "Me he dejado llevar. Soy mi propio desconocido. He huido de mi propia medida" (15 de junio, 1959). Termina pensando que cuanto ha escrito, al

¹⁶ Maurice Blanchot, op. cit. p. 209 y s.

no estar recubierto por los privilegios de la "obra", lo reducía a una condición de autor menor: habla de sí mismo como de un "autor inactual e insignificante" (11 de septiembre, 1967). Un juicio a todas luces injusto, e "inactual", él sí. Ya dije: desde los nuevos paradigmas estéticos, desde las nuevas condiciones de lectura, la escritura del *Diario* de Oyarzún impone la pertinencia de su estructura, de su verdad, de su belleza con una fuerza apabullante.

Al revés de lo que pasa con el resto de los géneros literarios, el diario íntimo obedece al proyecto de una escritura replegada sobre sí misma, sin destinatario, que se constituye como *secreto*. Dentro de un movimiento circular, el de una suerte de grado cero de la comunicación, el autor se desdoble en su lector: en guardián del secreto. Es cierto: algunos diarios incluyen narratarios, es decir, destinatarios inscritos en el texto, pero éstos son parte del secreto. Ahora bien, con la intervención de un lector externo, ¿se desbarata el secreto? No: simplemente el secreto queda expuesto a la mirada. De ahí que la lectura de un diario íntimo sea distinta a la de los demás textos: está marcada por las connotaciones de lo clandestino, del voyerismo. Aparte de las publicaciones póstumas decididas por los herederos del autor, u otros, la historia del género revela también participaciones del propio autor en la exposición del secreto a la mirada de un lector. A veces se lo da a leer a un lector privado (es el caso de Anaïs Nin). O resuelve, en una iniciativa de máxima apertura, compartir su secreto con el lector institucionalizado: autoriza la publicación póstuma del diario (Amiel), o él mismo lo publica (Gide)¹⁷.

El secreto del diario íntimo se cruza, en Oyarzún, con la convicción de que no puede renunciar al lector, porque es en él donde la palabra escrita, al ser acogida y suscitar una respuesta, cumple su destino vinculante, eminentemente comunitario. Dice: "Si estuviera en

¹⁷ Sobre el problema del destinatario en el diario íntimo y los diversos grados de apertura del secreto, véase Jean Rousset, "Le journal intime, texte sans destinataire?" En *Poétique*. Paris. N° 56, novembre 1983. pp. 435-443.

una isla desierta, seguiría pensando en el lector. Aun entonces necesitaría un eco, por más remoto o quimérico que fuese” (26 de febrero, 1956). Por el cierre de su escritura, ¿no es el diario íntimo una “isla” de signos, y “desierta” asimismo en la medida en que el proyecto del género no contempla al lector, el único que podría animar los signos, dándoles vida? ¿Cómo sale Oyarzún del atolladero? Pone en práctica dos estrategias supletorias de apertura. En la primera, hacia el lector institucionalizado: publica aquellas páginas del *Diario* que no comprometen los pliegues más interiores de la intimidad. En ellas se leen los encantamientos de una sensibilidad y las aprensiones de una conciencia moral en su tránsito por escenarios del mundo contemporáneo. Se trata de descripciones de la naturaleza y reflexiones sobre tópicos culturales y políticos. *Diario de Oriente y Mudanzas del tiempo* se originaron así. Y además varios artículos aparecidos en periódicos.

La segunda estrategia tiene en la mira un receptor comparable al de Anaïs Nin, que le daba a leer su *Diario* a un lector privado (Henry Miller, su amante). Sólo que en Oyarzún no es un lector sino un oyente privado, y no es uno sino una multitud. Los oyentes pertenecían al grupo numeroso de sus amigos, formado por escritores y artistas de la generación del 50, pero también anteriores y posteriores. Solía leerles, de cuadernos o agendas del *Diario* que acostumbraba a llevar consigo, pasajes diversos: descriptivos, humorísticos, de ironía, y otros demoledores sobre personajes conocidos del medio cultural. Porque el carácter privado del oyente, la relación de amistad, la informalidad de los encuentros (en bares, paseos públicos, alguna casa particular, en excursiones), permitían relajar la autocensura, pero sin abolirla. Sin duda con estas lecturas Oyarzún ganaba para la palabra del *Diario* un receptor cómplice de su secreto, le devolvía la función comunitaria, vinculante¹⁸, junto con gratificarse de los efectos

¹⁸ Tal vez por eso, después de un encuentro con el poeta Nicanor Parra, amigo suyo asimismo, anota con un sentimiento de frustración, quizás de disgusto:

estéticos de su recepción. De la impresión imborrable que dejan los textos oídos, de la curiosidad con respecto a las páginas no reveladas al oyente (y dentro de su secreto, se sospecha, aquellas asociadas a la homosexualidad del autor), se fue creando en ese grupo de amistad, con filtraciones al exterior, una verdadera leyenda sobre "el Diario de Oyarzún".

3

De todos los estímulos del mundo cotidiano a los que este *Diario* les presta atención, ninguno retorna con más insistencia, ni es abordado con más riqueza de conexiones de sentido, que el de la naturaleza. Oyarzún nunca deja de responder a él, no importa donde se encuentre, si en Chile o en viaje por el extranjero. Pero es la naturaleza chilena el objeto principal de su interés. Son escasos los rincones del país donde no estuvo, atento a las formas, la luz, los colores, olores, sonidos, movimientos, para traducirlos mediante la palabra. A algunos lugares de la zona central, hacia la costa, regresa regularmente, como si fuera el oficiante de un rito: Caleu, Til-Til, Lo Gallardo, Horcón. El lenguaje de sus descripciones, con inserciones ocasionales de nomenclatura científica (la del botánico), es el lenguaje del entusiasmo, a ratos el del arrobó, y también el de la elegía, cuando el que escribe se enfrenta al espectáculo sombrío de especies ya exterminadas o próximas a estarlo. Los procesos modernizadores causantes de la depredación, la misma en todo el planeta, encuentran en Chile, demuestra Oyarzún, terreno abonado: una actitud crónica de indiferencia, cercana al odio, ante la naturaleza. Ya lo dije en otra parte¹⁹: ese pequeño libro de amor y dolor, *Defensa de la tierra*, debería ser

"A Nicanor le leí algunos trozos de este Diario y fragmentos de poemas. No dijo nada" (7 de abril, 1958).

¹⁹ Véase mi ensayo, también reproducido aquí, "El *Diario* de Luis Oyarzún: la cultura chilena que no ha sido".

tenido por los ecologistas chilenos como su manifiesto fundacional.

En el cuento y la novela de la literatura chilena moderna, la presencia de la naturaleza ha sido desde luego constante, sobre todo entre los narradores "regionalistas", que además hicieron de ella una instancia determinante de los personajes. Sin embargo, Oyarzún nos sorprende con una descripción frente a la cual las anteriores resultan casi olvidables. Nos era por completo desconocida esta naturaleza que surge del *Diario*. El despliegue de su belleza es una conquista inesperada en la prosa literaria de nuestro país. ¿No será, como pensaba Benjamin, que las cosas se dejan ver de verdad sólo en el momento en que comenzamos a perderlas?²⁰ ¿Y no será este movimiento de retiro el que aporta esa nota de melancolía que se adivina en el trasfondo de la mirada de Oyarzún? Pero cuando la describe, la percepción es atrapada por el goce refinado de los sentidos. Pone todo su enorme saber, el de su experiencia, el de su cultura, al servicio de una retórica feliz que privilegia los efectos estéticos. El lector reacciona seducido ante las galas de la naturaleza chilena que el lenguaje de las anotaciones va haciendo visible, como recién nacida. A continuación destaco tres de los procedimientos retóricos más comunes, ilustrándolos con breves citas.

Uno, el de la hipérbole. La figura, aquí, no deforma el objeto ni lo vuelve extraño, a la manera barroca, sino que la exageración es el modo de celebrar algún aspecto extremado de su apariencia. De las hojas de los castaños dice: "Son tan grandes las hojas de los castaños que en cada una podría escribirse una égloga de Garcilaso, sobre la tez tostada del otoño" (6 de junio, 1959). Dos, el recurso a la sinestesia. Se tiene la impresión en estos casos de que la riqueza de un determinado estímulo rebasara la capacidad de registro del sentido al que por

²⁰ Walter Benjamin ha escrito más de una vez sobre el problema de las condiciones de visibilidad de las cosas. Por ejemplo, en "El narrador", ensayo de su libro *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Caracas, Monte Avila Editores, 1970. p. 192.

su índole va dirigido. Así ocurre con el olor de unas flores, las de la acacia, que termina exigiendo el concurso de la vista y el oído: “los racimos opulentos de las acacias, con su olor silencioso, soñoliento, envolvente, un olor de atenuada blancura” (21 de octubre, 1961). Tres, el uso de las comparaciones. Son infinitas. El término de la comparación proviene de variados ámbitos: el arte, la literatura, la historia, la vida cotidiana, la náutica. Un árbol nativo, el coigüe, no pierde su identidad real al comparárselo con un bergantín y una telaraña, pero de la comparación sale transfigurado poéticamente: “Nada más fino, más aéreo ni más firme en la tierra que un coigüe. Tiene la elegancia de un bergantín, la nervadura sutil de una telaraña. Cuando lo remecen los vientos, él se estremece entero, tiembla como un velamen y no suelta una sola amarra, elástico, tenso y dócil” (9 de noviembre, 1965).

Los efectos estéticos en las comparaciones (y también en otras figuras) suelen ir acompañados de connotaciones humorísticas, un componente esencial del lenguaje del *Diario* (y que en anotaciones ajenas al tema de la naturaleza puede derivar en ironía o abierta mordacidad). La descripción del moscardón incluye, más de una vez, estas connotaciones: “Un moscardón salió recamado del interior de una digital, como un sacerdote que se dispone a iniciar el rito” (26 de enero, 1959). En otra anotación el mismo insecto queda aprehendido en una imagen de graciosa sensualidad por su comparación con un personaje histórico conocido: “Un moscardón chupaba con avidez el néctar de cada pervinca, colgado de la corola como un Enrique VIII al seno de una doncella” (10 de octubre, 1954). El mismo día, mientras escribe tendido sobre el pasto, ve pasar una cuncuna: “¿De dónde saldría una cuncuna gris y anaranjada que acaba de pasar al lado de mi pluma, muy apurada, equilibrándose sobre lo alto de los tréboles? Va tan decidida como si fuera a misa”. Rodrigo de Triana aparece sorpresivamente evocado por el término con que compara el grito de unos tiuques: “Los tiuques graznan de pronto como si

hubiesen descubierto América" (21 de febrero, 1958). En otra de las anotaciones de ese día, el circo le presta uno de sus personajes para comparar el ajeteo de los choroyes en la rama seca de un árbol: "iban y venían como tonies de circo sobre una rama seca de pellín. Si alguno perdía pie se sostenía con el pico".

Es necesario, por último, referirse al marco de pensamiento en el que se inscribe la representación de la naturaleza en el *Diario*. Ella se da dentro de una visión que acoge tradiciones espiritualistas y núcleos del pensamiento bíblico y cristiano. La visión se articula, en la base, a una percepción desolada de la vida moderna: la de una sociedad de masas vacía de todo ideal de trascendencia, rota en su unidad interior, sometida a racionalizaciones que junto con rigidizarla, la planifican para el consumo de bienes materiales e imágenes hedonistas, sin lograr erradicar la miseria, más bien contando con ella. Pero esta conciencia no se cierra alrededor de las certezas que la perturban o angustian: en dirección contraria, las de las ausencias, la atraviesa una permanente aspiración a restituir en el hombre los equilibrios rotos, a reandar los pasos perdidos de una unidad. En resumen, a religar la cultura de la vida cotidiana a experiencias de trascendencia.

Frente a la tradición cristiana para la cual la imitación de Cristo es el modelo de salvación, Oyarzún apuesta, también, a la vía de la contemplación de la naturaleza como fuente de una cultura renovada. Le parece la salida a una situación que conduce al empobrecimiento extremo de la vida, si no a su final destrucción. El suyo no reintroduce exactamente el gesto romántico, porque no le vuelve las espaldas al mundo histórico: mediatiza su transformación. Ni tampoco esconde una idealización de la naturaleza. Oyarzún pareciera concebir el paraíso bíblico como un estado "unitivo", de fusión del hombre con la naturaleza. Después del "pecado", que lo rompe, ambos quedan igualmente "contaminados". La raíz del mal no reconoce pues fronteras. "Cada cosa tiene su sombra. Cada árbol, su pequeña serpiente viva en el interior" (17 de septiembre, 1951). Hay que

aceptarlo, dice: el mal forma parte del inventario de lo real. Pero si en él la naturaleza no es un paraíso hollywoodense, sí es un paradigma: desde el fondo oscuro, "cruel", se levanta, en ritmos cíclicos, desplegando los signos que llaman a la salvación, al reencuentro del ser consigo mismo, trazados en el vuelo de los pájaros, las formas perfectas de flores y árboles, las combinaciones felices de colores, los milagros de la luz, los sonidos y murmullos.

Contemplar amorosamente estos signos, penetrar en ellos hasta que la "lectura" silenciosa de la mirada los sature, constituye un acto espiritualmente liberador: nos descarga del lastre de la temporalidad biográfica (la del yo), nos reconcilia con el todo, nos devuelve un momento de unidad y, en la medida en que su orden rija la cultura de la vida cotidiana en los diversos grupos sociales, nos hará en definitiva una humanidad mejor. Oyarzún no cesa de afirmarlo. Quien lo afirma es alguien consciente de su propia incapacidad para resistir los impulsos que lo precipitan en el mero goce de los sentidos, en la promiscuidad sexual, en el alcohol. Pero estas "caídas", en vez de banalizar la afirmación, de volverla espuria, acentúan su verdad dándole una dimensión de dramatismo. Es una de las tantas tensiones que recorren la escritura del *Diario* y la entregan a un juego dialéctico donde los destellos de verdad surgen de la fricción, del tironeo de los contrarios.

Oyarzún es un escritor moderno, y en él se reitera una constante de todos los grandes artistas y escritores desde el Romanticismo: la de vivir la modernidad como una camisa de fuerza. En su caso particular, el conflicto adopta la forma de una contradicción entre dos propuestas: de un lado la suya, es decir, la de la contemplación de la naturaleza, y del otro la de la sociedad moderna. La segunda no sólo se mueve en dirección opuesta a la primera: bloquea su desarrollo y en definitiva la hace inviable. Porque ella es portadora de un proyecto cultural cuya realización pasa justamente por la borradora de la naturaleza como "texto", cancelando así el horizonte de trascendencia a

que nos abre su "lectura", y al mismo tiempo de un proyecto económico que la condena cada día a su destrucción material. Pero a pesar de las evidencias históricas en contra, Oyarzún no cree inhabilitada su propuesta. Más aún: desde el paradigma de la naturaleza hace la crítica de las estrategias, sofismas y estragos de la modernidad. Una crítica siempre iluminadora y nunca suspendida a lo largo del *Diario*. Los escenarios culturales en los que opera son múltiples y entrecruzados. Me limitaré a tocar algunos aspectos de la crítica referida al arte y la literatura, y a las relaciones entre espacios urbanos y naturaleza.

Oyarzún nos recuerda que el hombre y el protozoo comparten una misma condición: son animales. Pero el protozoo vive en fusión con el cosmos, y si tuviera conciencia "gozaría", dice, de la "contemplación unitiva". El hombre en cambio es "un animal degenerado y loco" que se obstina en renegar de ese gozo salvador: "construye neuróticamente murallas y diques para apartarse de la naturaleza y devorarse a sí mismo remojado en su propia salsa" (28 de diciembre, 1961). Las grandes ciudades del siglo XX, allí donde el espíritu de la modernidad se exhibe, se recrea y profundiza, son la encarnación delirante de esos "diques" y "murallas" de separación. Una anotación hecha en Nueva York nos deja ver, con asordadas vibraciones apocalípticas, el corte radical entre la ciudad moderna y la naturaleza: "Bandadas de aves migratorias se estrellan con la torre del Empire State Building y caen muertas o agonizantes en plena ciudad" (28 de septiembre, 1970). La imagen es todo un emblema de la relación de ruptura que expulsa a la naturaleza. Como objeto de contemplación configuradora de una conciencia cultural, ella está ausente de estos espacios urbanos. A la vida cotidiana que alojan la gobierna una cultura *des-naturalizada*, ajena a las experiencias de la unidad del ser. Una cultura mercantil, tecnológica, fragmentadora de la conciencia. En vez de absorber la soledad y la violencia, las induce y exagera. Hasta el vicio y la miseria resultan más desamparados dentro del paisaje urbanístico. El rascacielos, que domina ese paisaje, supera al árbol en altura, en

monumentalidad, pero carece de su aura humanitaria: "Un borracho al pie de un rascacielos está peor que al pie de un árbol. El árbol siempre tiene algo de misericordioso" (9 de marzo, 1968).

El juicio crítico de Oyarzún sobre la literatura y el arte está determinado por un concepto de obra de creación, según el cual ésta sería "una tentativa para imponer un orden al sufrimiento metafísico del hombre" (7 de agosto, 1959). Se trata de un orden espiritual, trascendente, sinónimo para él de "belleza". Paralelo, y semejante en la función liberadora, a aquel otro orden al que se accede a través de la contemplación de la naturaleza. Aun cuando en el *Diario* se comenta un vastísimo conjunto de producciones literarias y artísticas de variada procedencia (europea, norteamericana, latinoamericana, chilena, o de culturas premodernas), quiero circunscribirme al juicio sobre dos poetas chilenos: Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Estos nombres regresan con regularidad a las anotaciones del *Diario*. Y con razón: el concepto de obra de creación de Oyarzún encuentra en la Mistral una ratificación, y en Neruda, una provocación.

Con la poesía de la Mistral Oyarzún establece desde el comienzo una identificación esencial. Porque ella "no cierra el mundo". No lo cierra alrededor de su pura materialidad, o del sufrimiento "metafísico" que lo habita. Por el contrario, "transfigura a las visiones de la tierra en exaltación ultraterrena" (15 de junio, 1959). Es decir: abre el mundo hacia un orden trascendente y, al abrirlo, lo redime. Bastaría con invertir el sentido de las afirmaciones anteriores para tener la lectura que Oyarzún hace de Neruda. Su poesía cierra el mundo, no lo abre a ningún orden trascendente, y cuando lo abre, lo hace en una dirección que él considera uno de los sofismas de la modernidad: la de la revolución social. Su lectura de Neruda es ambivalente, o ambigua. No puede negarle el talento poético. Pero el marco de pensamiento desde donde lo lee, lo lleva a rechazar en él la dimensión ideológica como un error: la revolución no suprime, dice, la enfermedad, el dolor, la muerte. En este punto Oyarzún revela una afinidad

con Nicanor Parra. Ambos protagonizan en la literatura chilena el mismo gesto generacional: la crítica de las ideologías como visiones distorsionantes. Y la posición de Parra frente a la poesía y la persona de Neruda no es menos ambigua que la de Oyarzún²¹.

²¹ Véase mi libro *Conversaciones con Nicanor Parra*. Santiago, Editorial Universitaria, 1991 (2ª ed., 1992).

3. LOS CUADERNOS Y AGENDAS DEL *DIARIO**

Entre 1988 y 1989 preparé para su publicación una selección de fragmentos de este mismo *Diario*. El libro apareció a comienzos de 1990¹. Advertía en una nota introductoria que la selección se había hecho dentro de un universo de páginas cercano a las mil. En esa cifra no se incluían las que sirvieron a Oyarzún para armar dos de sus libros (*Diario de Oriente y Mudanzas del tiempo*), a excepción de aquellas (las menos) cuyos originales se hallaban en el material con que yo trabajaba. Semejante volumen de escritura, sumado a la ausencia en esos años de una política estatal de apoyo económico a publicaciones de esta naturaleza, es decir, excéntricas con respecto a las expectativas de lectura que los medios de comunicación de masas inducen en los lectores, y a la reticencia de las editoriales ante libros sin costos financiados, a menos que su impacto comercial pudiera calcularse con certeza, volvían ilusoria la idea de una publicación completa. Sólo ahora tal idea ha terminado siendo practicable².

Las anotaciones del *Diario*, en su estado actual, se extienden en el tiempo desde agosto de 1949, con el viaje de Oyarzún a Inglaterra, becado por el British Council, hasta la víspera de su muerte en Valdivia, 1972. Son pues 23 años de fidelidad al género. Pero el inicio efectivo de esta fidelidad parece ser muy anterior a 1949. Así se deduce de la lectura de *Mudanzas del tiempo*. Las páginas del *Diario* que componen ese libro, fechadas todas, corresponden al primer viaje a Europa (1949-1950), a un segundo viaje a Brasil (1955) y a excursiones,

* Includo como segundo prólogo de mi edición crítica del *Diario íntimo* de Luis Oyarzún. Santiago, Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1995. pp. 21-26.

¹ Luis Oyarzún, *Diario*. Concepción, Ediciones LAR, 1990. Edición y prólogo de Leonidas Morales T.

² La preparación de la edición del texto completo del *Diario íntimo* y su publicación, han contado con el financiamiento del Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes (Ministerio de Educación).

en años distintos (1956, 1957, 1962), a través del territorio chileno. Entre estas últimas hay también algunas fechadas en 1948, 1947 y 1939. Por lo tanto, y aun cuando no tengamos las anotaciones originales, puede inferirse que a los 19 años (en 1939), estudiante universitario entonces, escribía ya su *Diario*. Lo cual haría retroceder su comienzo por lo menos en 10 años, cubriendo así un período de 33 años.

Lo escribía regularmente (no siempre, desde luego, todos los días). Lo hacía en cuadernos y agendas, con tinta. Pero ha sido una constante, incluso, ya se verá, después de la muerte del autor, la pérdida de material escrito. Como consecuencia, menudean las lagunas, mayores y menores, en la continuidad del *Diario*. Las indico a continuación, omitiendo aquellas interrupciones menos notorias, atribuibles a variaciones naturales en el ritmo de la escritura o a impedimentos transitorios. La laguna mayor: de 1969, año en que Oyarzún se traslada a Nueva York como Adicto Cultural del Gobierno de Chile, no tenemos ninguna anotación. Apenas inferior es la laguna de 1960: las anotaciones se reducen a las del mes de enero (el *Diario de Oriente* sólo recoge las de marzo a mayo). Las demás: 1956, con anotaciones de febrero a julio; 1963, de noviembre a diciembre; 1968, de enero a abril; 1970, de agosto a noviembre. En 1971 las hay en enero y luego sigue un vacío hasta julio, recuperándose la normalidad en el resto del año.

Algunas de estas pérdidas ocurrieron mientras Oyarzún vivía. El mismo se acusa, en una anotación de mayo de 1961, de "máximo desorden", al comprobar la pérdida de un tercer cuaderno. Es necesario recordarlo: el *Diario*, sin dejar de ser un diario íntimo, es a la vez un diario de viajes y excursiones. El grueso de sus páginas no están escritas en la biblioteca de Oyarzún, donde era fácil asegurar el resguardo, sino en los lugares más heterogéneos, donde los incesantes desplazamientos lo ponían: a bordo de aviones y barcos, en hoteles, restaurantes, posadas rurales, casas de campesinos o amigos, sentado bajo un árbol o en un puente, tendido frente a una playa o en medio

del campo. Agréguese el hábito de reunirse con amigos, en bares de Santiago y otras ciudades, y leerles pasajes del *Diario*. Todos escenarios y circunstancias favorables al extravío u olvido de un cuaderno, de una agenda.

La pérdida de tres cuadernos anunciada en 1961, tal vez explique por qué durante el año anterior, 1960, no hay más anotaciones que las de enero (y las que se leen en *Diario de Oriente*). Pero, ¿y su ausencia total en 1969? ¿Y los vacíos o suspensiones abruptas de la escritura en los otros cinco años arriba mencionados? ¿Debería pensarse en nuevos cuadernos o agendas perdidos? Oyarzún no lo consigna, ni tengo yo, de otras fuentes, información que confirme su ocurrencia. ¿O algunas de las pérdidas se produjeron en Valdivia y están asociadas a decisiones tomadas por la Universidad Austral a raíz de su muerte?

En efecto, esta Universidad, a donde llegó a enseñar en 1971 y donde era también Director del Departamento de Extensión Cultural, designó una comisión para ocuparse de los homenajes y de la posible publicación de escritos inéditos. La formaban dos amigos de Oyarzún, los profesores Jorge Millas y Eugenio Matus, más el Secretario General de la Universidad, Hernán Poblete Varas. Matus no revisó ni vio el archivo de Oyarzún³ que había quedado en poder de la madre. Quien sí tuvo acceso a su contenido fue Jorge Millas. ¿También Poblete? Lo ignoro. ¿Se retiraron materiales para examinarlos? Al parecer así sucedió⁴. En tal caso, ¿fueron todos devueltos al archivo?

³ Así me lo dijo en una reunión que tuvimos en 1993 o 1994 en Osorno, donde vivía de regreso de largos años de exilio en Europa.

⁴ Los originales de *Defensa de la tierra*, publicado al año siguiente por la Editorial Universitaria, pudo entregarlos Millas, aunque también podían estar ya en la Editorial, porque en 1971 Eduardo Castro, su gerente, le envía a Oyarzún una carta (que se halla en el archivo) respondiendo a su propuesta de publicar dos libros: *Defensa de la tierra* y un segundo volumen de *Temas de la cultura chilena* (la misma Editorial había publicado el primero en 1967).

Por la informalidad, y dispersión, con que trabajó esa comisión, no hubo ningún acta del escrutinio del archivo.

Aun cuando entonces enseñábamos en la misma Universidad, en Valdivia, no tuve la suerte de ser amigo de Oyarzún. Conversamos, probablemente en 1972, un par de veces. De su producción sólo había leído dos libros estupendos: *El pensamiento de Lastarria* y *Temas de la cultura chilena*. Pero de la existencia del *Diario* no supe sino hasta la segunda mitad de la década del 80. Es pertinente dar cuenta aquí de cómo llegué a conocerlo, a apasionarme con su lectura y a participar en su publicación.

Cuando la madre muere, en 1985, se hizo cargo del archivo un sobrino de Oyarzún, Eugenio Oyarzún. Desde la muerte misma del tío, a quien admiraba, se interesó en el archivo. Intuía el valor literario y cultural de los manuscritos que contenía: la correspondencia⁵, un fichero, copia de artículos publicados, poemas, papeles diversos y desde luego los cuadernos y agendas del *Diario*. Fue él quien recogió de las revistas donde habían aparecido, los ensayos de uno de los libros póstumos de Oyarzún, *Meditaciones estéticas*⁶. A fines de la década del 70, conversa con Sergio Fernández Larraín y éste acepta encargarse de la edición del *Diario*. Fernández no pudo descifrar la escritura de los cuadernos. Eugenio Oyarzún, que la conocía bastante bien, fue haciéndolo durante un año y medio, sacando dos copias mecanografiadas, una que guardó y otra que entregó a Fernández junto con los cuadernos. La muerte de Fernández en 1982 no sólo frustra el proyecto de edición: también echa a andar el proceso de la

⁵ Cartas a (y de) familiares (sobre todo la madre), amigos, escritores, pintores, etc. Esta correspondencia, de indudable interés para el conocimiento de la personalidad de Oyarzún, aporta además indicios valiosos sobre el medio intelectual, universitario y político en que vivió. En un principio pensé incorporarla como apéndice en mi edición crítica del *Diario*, pero su extensión hacía imposible la idea de contener el *Diario* en un solo volumen. Valdría la pena publicar aparte una selección de estas cartas.

⁶ Santiago, Editorial Universitaria, 1981. Prólogo de Omar Cofré.

pérdida, a todas luces definitiva, de los cuadernos. Eugenio Oyarzún no los rescató a tiempo, y cuando quiso hacerlo, la biblioteca y los documentos de Fernández habían sido ya traspasados a la Biblioteca Nacional. Todas las pesquisas para dar con los cuadernos (en las últimas intervino yo mismo) concluyeron en un fracaso: no se hallaban registrados en la Biblioteca Nacional y los familiares de Fernández no sabían de ellos. El “máximo desorden” presidía pues la historia de estos manuscritos, antes y después de la muerte del autor.

No estaríamos aquí introduciendo la edición del *Diario* si Eugenio Oyarzún no hubiese tenido la precaución de quedarse con una de las copias mecanografiadas. Pero también en la copia se infiltró el “desorden”. En parte porque ya estaba en el original: el autor no siempre registraba el año al que correspondían las anotaciones (confiado quizás en su prodigiosa memoria). Y sobre todo porque el inexperto copista no fue numerando las páginas. Tratándose de un corpus de casi mil páginas, con el tiempo y la manipulación algunas se perdieron y otras se mezclaron. De tal modo que al final el conjunto no estaba lejos de remedar la imagen de la Torre de Babel.

Hacia mediados de la década del 80, Eugenio Oyarzún le entregó esta copia al poeta Omar Lara, amigo del autor en los años de Valdivia, colaborador suyo asimismo en el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Austral. Lara, recién retornado del exilio, estaba empeñado en afianzar en Chile la pequeña empresa editora que había creado en España: Ediciones LAR (Literatura Latinoamericana Reunida). Concibió, entusiasmado, la idea de publicar una selección del *Diario* (la publicación completa sobrepasaba la capacidad financiera de su editorial). Pero el trabajo de ordenamiento que la copia mecanografiada le imponía, lo abrumó. Y en una visita que me hizo, me preguntó si yo podría asumir el proyecto y su ejecución. Sabiendo quién era Oyarzún, no dudé en aceptar la propuesta.

Lo primero fue numerar provisoriamente las páginas, en el mismo orden en que estaban. Es obvio, tal numeración para nada coincidía con la secuencia cronológica efectiva, cosa que debía establecerse.

Entre 1988 y 1989 logré avanzar en una medida suficiente para los propósitos de configurar una selección de fragmentos (publicada, como dije, en 1990). Con posterioridad me he dado cuenta de algunos errores en la asignación de fecha a determinadas páginas, corregidos ahora.

Para la presente edición era necesario recomponer la totalidad de la secuencia. Puse en práctica, de nuevo, métodos sencillos para fijar años y, lo más exasperante, devolver a su sitio páginas que se hallaban en cualquier otro. A veces servía observar la palabra final de página: su significado, la concordancia sintáctica y el contexto ayudaban a dar con la página que debía seguir. O valerse del lugar, mes y día de un grupo de páginas ya ordenadas, como línea de continuidad a la que pudieran plegarse otras. Productivo resultaba igualmente reparar en la mención de acontecimientos conocidos, por ejemplo, el cincuentenario de Neruda o la partida desde Cuba del Che Guevara: permitía descubrir el año de las páginas comprometidas. En muchos casos estos métodos no funcionaban. De gran utilidad para resolver algunos de ellos fue el archivo de Oyarzún: su correspondencia, sus pasaportes y los de su madre (viajaron a veces juntos). Y también sus libros armados con páginas del *Diario*.

Mediante estos métodos y fuentes auxiliares, pudo reordenarse y fecharse la casi totalidad de las páginas. Pero el corpus final ha sido enriquecido con dos pequeñas agendas. Eugenio Oyarzún las había mantenido en su poder, y me eran desconocidas en el momento en que preparé la selección de fragmentos publicada en 1990. Las recibí sólo en el transcurso de 1993, cuando se formalizó el proyecto de una edición completa del *Diario*. Una de esas agendas es de particular importancia: contiene las últimas anotaciones, las inmediatamente anteriores al día de la muerte de Oyarzún⁷.

⁷ Un opúsculo de Hernán Poblete, *Luis Oyarzún Peña (1920-1972)* (Santiago, Academia Chilena de la Lengua, 1985), además de reproducir extensos pasajes del *Diario*, cita la frase final, en inglés, de esta agenda: "Taken for a ride" (y la

Otra serie de dificultades planteaba la copia mecanografiada, tan engorrosas como las ya descritas, y quizás más: verificar la fidelidad de la transcripción de muchas palabras, y resolver el problema de la doble escritura de otras. En total sumaban centenares, que remiten a las más variadas esferas del uso del lenguaje: la toponimia, la onomástica, la botánica, la crítica de arte y literaria, la historia, la filosofía, o que pertenecen a otras lenguas (francés, inglés, latín). Es decir, los plurales campos por donde circulan la curiosidad intelectual y el saber de Oyarzún. El contexto de la frase o el saber previo del editor permitieron descubrir pronto la transcripción equivocada de un buen número de palabras. Pero para verificar otras abiertamente sospechosas, o transcritas con doble escritura, he recurrido a mi biblioteca y a menudo a la de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile: diccionarios, enciclopedias, mapas, novelas, poemarios, ensayos. No todas sin embargo han podido dilucidarse: hay nombres de pueblos y lugares mínimos de Inglaterra o Francia que ningún mapa registra, y otros aureolados por el misterio, provenientes de la toponimia, la arquitectura y la religión de Japón o China. Pero las palabras de escritura no resuelta deberían sumar una cantidad muy menor.

Un punto importante. Para diversos años (ninguno anterior a 1961) contamos con copias mecanografiadas de algunos tramos del manuscrito del *Diario* hechas por el propio Oyarzún⁸. Son paralelas a las de Eugenio Oyarzún, es decir, hechas a partir de los mismos cuadernos. Pero con diferencias: el autor modifica en las suyas la redacción, o descarta anotaciones, o introduce otras nuevas (tomadas tal

cita mal: escribe "drive" en vez de "ride"). ¿Cómo obtuvo los textos transcritos o citados? A pesar de tratarse de documentos de excepcional importancia para la literatura chilena, no lo indica, ni siquiera en una nota.

⁸ Las copias mecanografiadas corresponden a los siguientes años y meses: 1961 (mayo a julio), 1963 (noviembre), 1964 (enero a julio), 1965 (abril a junio), 1967 (agosto a diciembre), 1968 (enero a abril), 1970 (agosto a octubre), 1971 (junio a agosto), 1972 (marzo a agosto).

vez de alguna agenda). He preferido desde luego la copia revisada del autor, incorporando a veces anotaciones existentes en la copia de Eugenio Oyarzún, cuando éstas revelaban un evidente interés.

Le he puesto al texto del *Diario*, a lo largo de toda su extensión, numerosas notas a pie de página, sin ninguna intención de exhaustividad. Algunas sólo persiguen despejar, en muy contadas anotaciones, tales o cuales problemas de comprensión, o indicar, cuando pareciera necesario y se dispone de la información, los nombres de amigos que en las anotaciones figuran con iniciales, una práctica frecuente tanto en Oyarzún como en los demás diaristas, y asociada, creo, al secreto de la escritura del diario íntimo. En otras notas se da el nombre real de personas a las que el autor se refiere con apodos. Se individualizan también, aportando datos de edición, libros de autores chilenos (y no de extranjeros) que son objeto de comentarios. Pero la mayor parte de las notas se ocupa de señalar las páginas que Oyarzún trasladó a varios de sus libros (*Diario de Oriente*, *Mudanzas del tiempo* y *Defensa de la tierra*) y a artículos periodísticos.

Tres observaciones finales. 1. Esta edición no incluye ninguno de los poemas que Oyarzún solía escribir en los cuadernos del *Diario*, entremezclados con las anotaciones. 2. Ni las extensas citas que hacía, sin comentarlas, de libros diversos, como si acumulara material para sus clases o para la redacción de posteriores artículos o ensayos. 3. Ni tampoco aquellas páginas que dieron origen a *Diario de Oriente* y *Mudanzas del tiempo*, pero que no se encuentran en las copias mecanografiadas con las que he trabajado.